ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

LA GUERRA INACABADA

A. THORKENT

SOLO PARA ADULTOS



El Orden Estelar 34
-Ciclo del Orden Estelar 26-

LA GUERRA INACABADA

A. Thorkent
(Ángel Torres Quesada)

Portada:
Antonio Bernal

PRÓLOGO

El tomo 19 de *Robel* se completa con *LA GUERRA INACABADA,* inicialmente aparecida con el número 156 de la colección *Héroes del Espacio,* novela escrita —quizá como consecuencia del cambio de colección— en un tono desenfadado que en ocasiones roza casi la parodia, sin que falte tampoco en ella una cierta dosis de ingenuo erotismo muy del estilo de la época y del sello editorial, pero sin duda chocante en la obra de **Ángel Torres.**

Al igual que ocurriera en la novela anterior, los protagonistas son de nuevo unos personajes anónimos, en esta ocasión los tripulantes del viejo carguero *Bravo,* los cuales a decir verdad no pueden resultar más pintorescos: el desinhibido capitán **Lorenzo; Sara,** una ninfómana con poderes paranormales; el viejo borrachín *Medio Litro* y, por último, **Damocles** (**Hunt** en la edición de Bruguera), un extraño alienígena multimorfo que no hace más que sorprenderse continuamente de lo extraña y ridícula que resulta ser la humanidad.

Como cabe suponer, con tamaño plantel puede suceder casi cualquier cosa. Los tripulantes del *Bravo,* amigos por cierto de **Hunt Logan** y **Ordo,** consiguen ganarse la vida a duras penas dando tumbos de allá para acá, y en esta ocasión intentan comerciar con los habitantes del planeta Xastor, hacia el cual se dirigen al inicio de la narración. Sin embargo, una inoportuna avería los desvía de su rumbo, obligándoles a aterrizar en un pequeño satélite deshabitado con objeto de poder reparar la nave antes de seguir adelante.

Mientras tanto, el autor aprovecha un diálogo entre los protagonistas

para ponernos al corriente de la situación. Xastor es un planeta poblado por dos razas diferentes: los xasios, descendientes de colonos terrestres, y los torianos, un pueblo reptiloide.

Durante mucho tiempo entre ambos pueblos se había desatado una guerra sin cuartel, lo que había motivado que el *Orden Estelar* aislara al planeta, pero según informaciones de *Medio Litro* la guerra había cesado hacía poco y las dos razas habían sellado la paz. La ocasión la pintaban calva, pues, para presentarse con un carguero atiborrado de diferentes bienes que los xastorianos a buen seguro les quitarían de las manos, justo antes de que el *Orden Estelar* declarara abierto el planeta y un tropel de comerciantes vinieran a disputarles el jugoso negocio.

Por desgracia, las circunstancias se encargarán de demostrar que las fuentes del viejo borrachín eran poco fiables. Apenas terminadas las reparaciones, y cuando el *Bravo* se encontraba a punto de despegar, una nave de guerra aparece en el cielo del planeta y aterriza a su lado. Sus ocupantes son torianos, los enemigos de los humanos locales, y para sorpresa de los viajeros les comunican que, pese a lo que ellos suponían, la guerra aún no ha terminado. Aunque en un principio les toman por xasios, es decir, enemigos suyos, a duras penas el capitán **Lorenzo** consigue convencerles de que son terrestres, y que su única pretensión era la de comerciar con los habitantes del planeta. No obstante haber quedado aclarada su identidad, el oficial al mando de la patrullera toriana sigue desconfiando de ellos temiendo que, humanos como son, puedan ser espías al servicio de sus enemigos.

Así pues, decide arrestarlos. Por desgracia para él, no contaba con las habilidades paranormales de **Sara** que, muy asustada, los teleporta a una cabina de su patrullera, por supuesto cerrada con llave; no tardarán demasiado en librarse de su encierro, pero sus prisioneros aprovechan la ocasión para largarse de allí cual alma que lleva el diablo.

Tras abandonar precipitadamente el satélite, **Damocles (Hunt)** y *Medio Litro,* los dos navegantes de la exigua tripulación programan un salto en el hiperespacio, con tan mala suerte —la prisa es mala consejera— que, cuando vuelven al espacio normal, se dan de bruces con la nave nodriza toriana, sin poder evitar que el carguero sea capturado por ésta. Encerrados en un hangar, deciden defenderse como buenamente puedan —el *Bravo* no transporta armas— aun a sabiendas que poco pueden hacer para evitar ser apresados por sus captores.

Sin embargo, y para sorpresa suya, son recibidos como huéspedes y agasajados con todos los honores por sus amables anfitriones, pese a que tan torianos son éstos como los que les abordaran poco antes en la

superficie del satélite... y no salen de su asombro cuando el comandante **Gundulio,** a cuyo mando se encuentra la astronave, les confirma que, efectivamente, la paz se ha firmado entre los dos pueblos, y están esperando la llegada de los embajadores del *Orden Estelar* para sancionarla... confundiéndoles, dicho sea de paso, con los aludidos diplomáticos. En cuanto a los militares torianos que les asaltaron... no puede ser, es imposible, todos los habitantes del planeta son firmes partidarios de la paz. Y desde luego, no pertenecen a su tripulación, eso es seguro.

Intrigados, pero dispuestos a aprovechar tan favorable coyuntura —de todos modos los torianos no parecen muy dispuestos a soltarlos tan fácilmente—, aceptan la invitación. Así pues, poco después aterrizan en la capital del planeta, no sin que antes el perspicaz **Damocles (Hunt)** se aperciba de que la nave nodriza en la que viajan es una vieja cafetera prácticamente desarmada y a punto de deshacerse en pedazos en cualquier momento.

Una vez en Xastor, son recibidos con todos los honores por los copresidentes del planeta, un humano y un toriano, los cuales celebran una gran fiesta en su honor creyendo, como no se hartan de repetir, que son los representantes oficiales del *Orden Estelar...* lo cual puede meterlos en un buen lío si a los verdaderos embajadores les da por aparecer en ese momento.

Los discursos de los dos líderes no pueden ser más pacifistas, pero **Lorenzo** sigue con la mosca detrás de la oreja y, cuando la mayor parte de los invitados ya se han retirado, desinhibido por la gran cantidad de alcohol ingerido increpa a sus anfitriones recordándoles su peripecia del satélite al tiempo que les exige que se aclaren de una vez por todas.

Ambos jerarcas se muestran sumamente sorprendidos y no aciertan a explicar la razón que pueda justificar la presencia de un grupo armado hostil a la paz, aunque reconocen la existencia de pequeños grupos de disidentes en ambos bandos, los cuales se dedican a realizar actos de sabotaje en protesta por la firma del tratado de paz... pero no desde luego unidades militares, ya que se trata de descontentos aislados y aparentemente desorganizados.

En ese momento un nuevo actor entra en escena aunque, en vez de aclarar las dudas, contribuye aún más a ahondarlas. Se trata de un oficial toriano que, al frente de un pequeño pelotón de soldados, apresa a los dos presidentes y al sorprendido **Lorenzo,** afirmando que sus tropas se han hecho con el control del astropuerto de la capital como primer paso hacia la conquista del planeta y la victoria definitiva de los torianos sobre los

odiados xasios. Interpelado por sus prisioneros, afirma pertenecer a la dotación de una astronave que se había dado por perdida en el transcurso del conflicto bélico y que ahora, desconocedores sus tripulantes de la firma del armisticio, reaparece en plan *los últimos de Filipinas* para seguir haciendo la guerra por su cuenta.

Como cabe suponer, la patrulla que inicialmente abordara a los protagonistas en la superficie del satélite pertenecía a este buque, y no a la tripulación de **Gundulio** tal como erróneamente creyeran en un principio.

Aunque el presidente toriano rehúsa vehementemente sumarse al movimiento sedicioso, su colega xasio comienza a dudar de su lealtad. Mientras tanto, **Lorenzo** comienza a ver peligrar su pellejo. Finalmente se organiza una buena tangana de resultas de la cual, y gracias a la oportuna intervención de **Sara** con sus extraños poderes, los torianos sediciosos son arrestados o muertos, y su golpe de mano abortado; aunque el presidente xasio, cada vez más suspicaz, ordena la detención de su colega toriano sin prestar la menor atención a sus airadas protestas.

En cuanto a **Lorenzo** y sus compañeros, vuelven a ser considerados huéspedes predilectos del planeta en función de su presunta representatividad diplomática, al tiempo que el ahora único presidente, que no las tiene todas consigo, les encarga que entren en contacto con sus *superiores* para solicitar el envío de un destacamento militar del *Orden Estelar* que pueda garantizar el mantenimiento de la inestable paz, ya que los sediciosos se han hecho fuertes en el astropuerto y amenazan con bombardear la ciudad e incluso el propio palacio presidencial, algo que podrían realizar impunemente dado que, tras la larga guerra de desgaste, los escasos restos de la flota conjunta de ambos estados están literalmente para el desguace.

Pero **Lorenzo** tiene otros planes y, acompañado de **Sara,** decide visitar al presidente toriano en su calabozo. Éste vuelve a insistir en su inocencia acusando a su vez a su colega humano, siendo finalmente liberado por **Lorenzo** en el convencimiento de que ésta es la única manera de que los soldados torianos leales no acaben sublevándose contra sus aliados humanos.

Inmediatamente después, los cuatro protagonistas parten hacia el astropuerto en un intento de rescatar su astronave, que continúa depositada en un hangar de la nave nodriza de **Gundulio...** lo que equivale a meterse en la mismísima boca del lobo, ya que la astronave rebelde se encuentra posada a su lado y los soldados enemigos, armados hasta los dientes, pululan por doquier.

Sin embargo, y pese a todos los pronósticos, consiguen llegar hasta la

nave de **Gundulio,** en parte fingiendo ejercer su presunta inmunidad diplomática, en parte con algo de ayuda de los poderes telecinéticos de **Sara,** que se encarga de desembarazarse de todos los soldados que se interponen en su camino mediante el expeditivo método de enviarlos lo suficientemente lejos como para que no creen problemas.

En el interior de la nave se encuentran al propio **Gundulio,** aparentemente prisionero de los rebeldes; neutralizados asimismo los soldados que le custodiaban, éste les ofrece negociar con el comandante de la nave rebelde en el convencimiento de que, una vez que tengan conocimiento de que la guerra ha terminado, sus tripulantes se rendirán sin presentar resistencia.

Así lo hacen, para descubrir espantados que han sido miserablemente engañados por el traidor **Gundulio,** que en realidad es el verdadero cabecilla de la sedición en connivencia con el comandante de la astronave, único que sabe que la guerra ha terminado ya que a sus soldados los mantienen deliberadamente engañados.

Evidentemente el siguiente paso es desembarazarse de sus molestos testigos, jactándose **Gundulio** de que el recinto en el que se encuentran está blindado contra los poderes paranormales, lo que reduce a la impotencia a la peligrosa **Sara.**

Eso se creía él. Para sorpresa suya —y de todos—, **Sara** realiza un despliegue de sus facultades que deja inermes a los dos militares traidores, lo que permite a **Lorenzo** y sus amigos hacerles prisioneros y controlar la situación... aunque todavía existe el peligro de las tropas sublevadas, no por desconocedoras de la situación menos peligrosas.

Por fortuna, la solución es sencilla y, sin duda alguna, original: el *Bravo*transporta en sus bodegas un generoso cargamento de licores de alta graduación destinado en principio a las transacciones comerciales que sus ingenuos propietarios pretendían hacer en el planeta y, como por suerte los torianos son bastante aficionados —como ya han tenido ocasión de comprobar con anterioridad— a empinar el codo, pues nada, barra libre que invita la casa... y solucionado el problema, con toda la tripulación insurrecta borracha como una cuba.

El resto es fácil de adivinar. Resulta que **Sara,** tan modosita ella, es en realidad una nativa de Khrisdall al servicio del *Orden Estelar,* el cual había pergeñado una operación secreta en Xastor utilizando a los ingenuos tripulantes del *Bravo* como involuntarios agentes, sin que su torpeza manifiesta haya sido capaz de torcer el concienzudo plan.

Evidentemente **Lorenzo** y sus compañeros son tratados como héroes por la aliviada población local sin distinción de raza, retornando

triunfalmente a su base con la promesa de un jugoso contrato comercial... aunque el capitán se encuentra resentido con **Sara** tras sentirse manejado por ésta; algo, no obstante, que la paranormal se encarga de solucionar con una apropiada terapia sexual.

José Carlos Canalda en http://www.ciencia-ficcion.com/

CAPÍTULO PRIMERO

La alarma sonó y el ser que se encontraba acurrucado en el sillón principal del puente de mando, sufrió una ligera contracción. Era una bola de un metro de diámetro. Después de vibrar durante unos segundos empezó a dilatarse. Surgieron los brazos y dos piernas cortas. Al final, una cabeza cónica se elevó de la parte que adquirió la apariencia de unos hombros enjutos. La cabeza sólo era al principio una masa de. pelos oscuros, pero cuando se produjo el segundo sonido estridente se formaron dos ojos azulados, luego una nariz aplastada y, por fin, una boca pequeña que al abrirse mostró una doble hilera de dientes afilados. De la garganta del ser se elevaron dos gritos roncos.

Si alguien hubiera estado en la cabina de pilotaje y comprendiera el idioma del humanoide no tendría la menor duda de que éste se había despertado muy irritado. Hunt solía tener momentos así, sobre todo cuando era arrancado de un sueño grato para sus sentidos. Y, precisamente, Hunt estaba soñando que retozaba con una sugestiva hembra de su raza. Empequeñeció los ojos, lo que equivalía a un parpadeo humano, y concentró su atención, todavía adormecida, en el gran panel que tenía delante.

De pronto, Hunt. después de asimilar la situación de la nave «Bravo», saltó del sillón y salió corriendo del puente. Cruzó un pasillo largo y estrecho, llegó al final del siguiente túnel y llamó al ascensor. Tardó un instante en convencerse de que la cabina no iba a subir hasta el nivel donde se encontraba. Volvió a pronunciar unas maldiciones en su chirriante idioma y regresó por donde había venido, hasta llegar al comienzo del

tobogán.

Delante de la oscura boca que se hundía en las profundidades de la nave, Hunt titubeó un poco. No le gustaba aquel medio de bajar, pero si el ascensor no funcionaba, pensó, no iba a tener otra alternativa. Cerró los ojos y se dejó caer por el bruñido piso del tobogán. Sintió el aire silbar alrededor de él y tuvo un recuerdo para Medio Litro. Si aquel viejo hubiera arreglado el comunicador ahora no estaría allí, pasando un mal rato y temiendo que... Efectivamente, tal como había previsto, la llegada al otro extremo del tobogán fue aparatosa y dolorosa para su físico. Hunt no extendió convenientemente sus cortas piernas, y su amplio trasero se dio un golpe en el piso del nivel donde estaban los dormitorios.

Los toboganes de emergencia del «Bravo» no estaban hechos para seres de su constitución, sino para los incomprensibles humanos. Emitió un chasquido para maldecir el día que decidió enrolarse en una nave propiedad de humanos.

Anduvo por el pasillo restregándose el culo con las dos manos, expulsando aire entre sus dientes ligeramente separados. Confiaba que con aquel ejercicio no estaría tan malhumorado cuando llegase al camarote del capitán del navío.

Se encontraba bastante mejor cuando empujó la puerta de la cabina del capitán Lorenzo.

-Jefe, debo comunicarle que hemos... -calló súbitamente al comprobar que allí no había nadie.

Hunt cerró la boca, produciendo sus dientes un escalofriante chasquido. Si alguien hubiera estado a su lado, se habría estremecido.

Se rascó el piloso mentón y salió al pasillo, preguntándose dónde diablos podía estar aquel humano idiota que era el capitán del «Bravo». A1 instante se dijo que poco a poco se estaba volviendo un retrasado mental, seguramente a causa de convivir con aquellos seres de costumbres tan raras. Debió comprender que si el capitán Lorenzo no dormía en su habitación sólo podía estar en... Asintió y reemprendió la marcha, caminando a grandes zancadas hacia el camarote de la humana llamada Sara.

A los humanos sólo se les podía diferenciar en lo tocante al sexo gracias a las glándulas mamarias, pensó. Y Hunt concluyó su pensamiento añadiendo, divertido, que la llamada Sara disponía de unos atributos tan desarrollados que no podía nadie equivocarse al tipificarla en el grupo reproductor de la raza.

Cuando llegó ante la puerta de la cabina de Sara, Hunt escuchó un jadeo y entonces no tuvo la menor de que allí compartían la cama dos

personas. Pulsó el llamador, recordando que a los humanos no les gustaba ser sorprendidos mientras hacían el amor. Ante dicho pensamiento Hunt soltó un gorgoteo equivalente a la risa humana. Había recordado que a veces los hombres y mujeres eran partidarios de compartir el sexo en grupo. Lo había visto más de una vez en las llamadas salas pomo de los puertos espaciales. Claro que a bordo del «Bravo» nunca había visto a Sara acostada a la vez con Lorenzo y Medio Litro, el viejo borrachín, llamado también ML por la chica y «Sucio Beodo» por el capitán.

Insistió en apretar el botón y la puerta continuaba sin abrirse. Tal vez no funcionaba el llamador, como otras cien cosas en aquella vieja nave acondicionada como carguero y que volaba de milagro a las estrellas.

Impaciente, Hunt empujó la puerta y se detuvo bajo el dintel. Miró al interior y sus pelos se erizaron levemente al contemplar a la mujer, desnuda, que montaba al capitán Lorenzo.

-Hola, Hunt -le sonrió el hombre desde la cama.

La chica se volvió y le sacó la lengua. Luego siguió con sus frenéticos movimientos de caderas.

-Jefe, lo siento... -empezó a decir Hunt. Sabia, que no estaba bien entrar mientras se producía la cópula.

-¿Es importante? ¿No podías esperar fuera, bola de trapo? -inquirió la chica entre grititos.

Dejó de moverse y se tumbó boca arriba en la cama, con los ojos entornados y una sonrisa de complacencia en sus labios.

Lorenzo estiró los brazos y se sentó en el borde del lecho.

-Dime, Hunt -pidió.

-Hemos llegado, jefe.

El capitán se levantó y anduvo unos pasos hasta una silla, tomó los pantalones y empezó a meter las piernas en ellos. Desde la puerta, Hunt contuvo su peculiar risa. Para su gusto el capitán no podía tener un aspecto más ridículo.

-Demonios -dijo Lorenzo luchando por ponerse los pantalones-. No me imaginaba que llegáramos tan pronto. ¿A qué distancia estamos de Xastor?

-A unos veinte millones de kilómetros, jefe. Sin embargo...

-Sigue, sigue.

-Hay problemas.

Desde la cama, la chica bostezó y comentó:

-Hunt sólo conoce noticias desagradables. Si tuviera pico sería un pájaro de mal agüero.

Hunt no entendió todas las palabras, pero dedujo que Sara se había burlado de él. No hacia buenas migas con la mujer. No fueron simpáticos el

uno al otro desde el primer día que ella subió al «Bravo». Lorenzo se la presentó asegurándole que era una navegadora de mucha valía, pero al cabo de varias jornadas Hunt llegó a la conclusión de que Sara podía ser de mucha importancia, pero en la cama. Por lo demás no había demostrado en las últimas semanas ningún conocimiento en lo tocante a la navegación estelar.

-Tenemos averías -informó Hunt armándose de paciencia.

-¿Qué clase de averías? -preguntó Lorenzo, que al fin había conseguido enfundarse los pantalones y ahora cogía la camisa.

-En los estabilizadores, jefe. No podemos aterrizar en la gravedad de Xastor sin repararlos antes.

-¿Qué podemos hacer?

Hunt resopló. ¿Cómo había conseguido el capitán Lorenzo el título de navegante?. A veces Medio Litro sabia más que él de la nave, pero sólo cuando se encontraba. sobrio, claro, lo que resultaba muy difícil. Hunt sólo recordaba haber visto a ML sobrio en dos ocasiones durante los tres años que llevaba trabajando en el «Bravo».

-El tercer planeta de este sistema solar está próximo, a unas siete horas de navegación. Es ligeramente inferior en tamaño a Xastor, un tercio de gravedad, no está habitado y su atmósfera es irrespirable. Creo que es su satélite.

-¿Qué sugieres? -volvió a bostezar Lorenzo mientras se ponía las botas, aunque Hunt pensó que ya se las había puesto, metafóricamente hablando, con la humana Sara.

-Que debemos descender en ese pequeño planeta! En realidad es una luna muy alejada de Xastor. En dos o tres horas podemos reparar la avería y luego continuar nuestro viaje.

-Magnífico. Llama a Medio Litro y que te ayude a programar la ruta.

-¿Por qué no me ayuda usted, jefe? -gimió Hunt, asustado ante la idea de tener que entrar en el camarote de Medio Litro. Aquella estancia olía a vino, licores y a otras cosas indefinibles.

Lorenzo bajó la mirada para contemplar a Hunt. Le sonrió amistosamente.

-Vamos, Hunt. Sé que tú y ML sois buenos amigos.

-Hagamos lo siguiente, jefe, yo regreso al puente y usted despierta a Medio Litro.

-¿Supones que está borracho?

-Lo contrario debería sorprenderle, jefe.

-De acuerdo, de acuerdo. Vete para el puente y te enviaré a ML enseguida.

Hunt soltó un gruñido largo y se retiró bamboleante por el pasillo.

-Ha dicho algo en su condenado idioma -dijo Sara. Se había sentado en la cama y fumaba un cigarrillo-. ¿Lo has entendido?

Lorenzo ahogó la sonrisa que empezó a surgirle en los labios. Hubiera terminado soltando una carcajada. Si decía a Sara cuál había sido el comentario de Hunt, ésta saltaría de la cama y echaría a correr, detrás del humanoide, arrojándole cuantos objetos hubiera podido agarrar del camarote.

-Su comentario se refería a que soy un tipo con suerte -sonrió Lorenzo.

-¿Lo eres?

-Yo creo que sí. Fui muy afortunado el día que te conocí, encanto.

-Oh, de eso estoy segura -rió Sara-. Desde entonces tus viajes son menos monótonos, ¿verdad?

Lorenzo abrió los brazos.

-No puedes imaginarte cómo eran antes de que tú te enamoraras de mí, preciosa.

-No hace falta tener mucha imaginación, puedo figurármelo. ¡Tantos días encerrado en esta enorme caja de lata con un borracho y una bola forrada de piel de poca calidad! ¿Cómo te las apañabas?

Lorenzo se acercó, con fingido gesto amenazador, a la cama.

-¿Qué quieres decir?

-Me has entendido muy bien -silabeó ella.

-Prefiero no responder a esa pregunta.

-Hace días vi en un cuarto lleno de trastos, a una androide.

-La deseché hace un siglo.

-No eres tan viejo...

-Tus ideas son sucias, Sara.

-¿Ha habido en el «Bravo» otras mujeres?

-Claro que sí, nena. Nunca han faltado. A veces he tenido hasta media docena a la vez.

-Seguro que acabaron siendo lesbianas -rió Sara.

Lorenzo lanzó un grito y se lanzó sobre ella. Sara se apartó a tiempo y riendo se alejó de la sama, sobre la cual quedó el capitán, lleno de asombro.

-Ésta vez creí que iba cogerte desprevenida -confesó con decepción.

Sus manos hicieron un manojo con la sábana.

-Sólo puedes hacerlo cuando yo quiero.

-Pues ven aqui.

Ella puso los brazos en jarras, ladeó la cabeza y preguntó con exagerado asombro:

-¿Otra vez? Creí que con uno tenias de sobra.

-Aún no me conoces. Soy un león.

-Hasta los leones tienen sus límites, Lo -rió Sara-. Tú has llegado al tuyo. Vete y déjame que tome tranquila una ducha.

-Te frotaré la espalda.

-Puedo hacerlo yo sola con la ayuda de un cepillo.

-Me estás echando...

-¿Cómo lo has adivinado? Lorenzo, eres un inconsciente.

-¿Porqué?

-Hunt necesita ayuda. Tal vez Medio Litro no esté en condiciones de prestársela. ¿Has olvidado que si no vendemos la mercancía a buen precio en Xastor tendrás de venderte hasta los calzoncillos?.

-Estoy mejor sin ellos.

-No insistas y vete.

Sara le indicó la salida. Lorenzo gruñó y se levantó de la cama. Caminó dócilmente, pero al llegar a la altura de la chica se revolvió con toda rapidez y extendió hacia ella sus brazos. Pero Sara desapareció del lugar donde Lorenzo creyó poder atraparla. Manoteó en el aire y Luego se volvió para contemplarla, ahora situada junto a la entrada de la ducha. Desde allí, Sara volvió a señalarle la salida y dijo:

-Vete de una vez.

-Está bien, como quieras. Que te vaya bien con el cepillo para la espalda.

-No tengas celos de él. Te prefiero a ti -rió ella. Abrió la puerta de la ducha y al instante se escuchó el chorro del agua.

Desde el umbral, Lorenzo se encogió de hombros. Su sonrisa desapareció cuando pensó que tenía que entrar en el dormitorio de Medio Litro para despertarlo. Entonces pareció recordar algo y gritó a Sara antes de alejarse por el pasillo:

-¡No me llames Lo! Te lo he dicho mil veces. Ese diminutivo ofende mi rango de capitán del «Bravo».

Desde el otro lado del cristal le contestó una carcajada cantarina.

CAPÍTULO II

Lorenzo llenó el vaso con un café tan espeso que podía ser untado en una barra de pan.

-Bebe, Medio Litro – dijo tajantemente al hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa.

-Me das veneno, jefe.

-Debería dártelo.

Medio Litro miró con horror el vaso de café. El penetrante humo le provocó tos, pero lo tomó con decisión y bebió un buen sorbo con los ojos cerrados. En seguida lo retiró de los labios con una mueca de asco.

-Aggg -exclamó-. Podrías haberle echado un chorrito de coñac.

-Del coñac vamos a hablar, ML -dijo Lorenzo sentándose-. He notado la falta de dos cajas. ¿Cuantas veces voy a decirte que ese brebaje no es para ti, sino para transformarlo en dinero, en el dinero que necesitamos si no queremos que nos encierren cuando volvamos a la base?.

-Me ofendes, capitán, yo no he robado ninguna caja, ni una sola botella.

Lorenzo se mesó los cabellos alborotados.

-No sé que voy a hacer contigo, Medio Litro. Solo sabes ocasionarme problemas.

ML frunció las pobladas cejas y sus ojos se empequeñecieron. Su voz sonó triste cuando dijo:

-Desde que esa bruja está a bordo me tratas como si fuera un paria, jefe.

-No la llames bruja.

Medio Litro se encabritó, bebió de un trago el resto del café sin descomponer el gesto de rabia en que había transformado su expresión de

tristeza.

-¿Qué es entonces?

-Es una chica estupenda.

-Una hechicera, diría yo, ya que no te gusta que la llame bruja.

-Viene a ser lo mismo -con calma, Hunt intentó hablarle-. Ella es un poco paranormal, ¿entiendes? Sólo un poquito. Puede moverse unos metros, levantar unos objetos pequeñitos y cosas así.

-¿Y eso no te asusta, jefe?

-¿Por qué? En la galaxia existen muchos paranormales.

-Pues en algunos planetas los matan.

-No digas tonterías.

-Ella subió en el «Bravo» cuando descendimos en uno donde los paranormales no son bien mirados.

-Estás confundido, ML. Tú no puedes recordar cuáles son los últimos diez mundos donde hemos estado. ¿A qué viene esto ahora?.

-A que ella estaba huyendo y te ha embaucado.

-¿Otra vez con ésas, ML? -rió Lorenzo-. Me has dicho cien veces que Sara me utiliza, pero no puedes especificar para qué.

-De momento para estar segura. El día que menos lo esperes te dejará con un palmo de narices.

-Nadie la retine aquí. Ella puede irse cuando lo desee -replicó Lorenzo con malhumor.

-El día que eso ocurra no me gustaría estar cerca de ti. Muchacho, yo te conozco desde que eras un niño, cuando tu padre navegaba conmigo y tú ibas a esperarle a los astropuertos. Hubo un tiempo en que me llamabas tío. ¡Lo que son las cosas! Ahora me llamas Medio Litro, como todo el mundo que me odia.

-Ese apodo te lo ganaste hace un montón de años, desde que empezaste a beber y siempre pedías medio litro de lo que fuera, pero que contuviera mucho alcohol. Por eso, cuando no estamos solos, te llamo ML. Me parece menos ultrajante. Incluso he olvidado tu verdadero nombre.

-Me temo que yo también. Ya no sé cómo me llamo de verdad -se encogió de hombros-. Es igual. Puedes llamarme cómo te dé la gana.

-¿Cómo te encuentras?

-Fatal. ¿Cómo puedo encontrarme después de engullir ese brebaje? Me entran ganas de vomitar.

-Hazlo y estarás sereno al instante.

-¿Qué hay que hacer? -Medio Litro apoyó los codos en la mesa y miró a su jefe fijamente a los ojos, con un casi desconocido fulgor en sus pupilas..

Lorenzo comprendió que Medio Litro estaba sereno. Ahora era el mejor navegador de aquel sector de la galaxia. En un santiamén podía establecer una ruta con a ayuda de la computadora, que les llevaría a la gran luna de Xastor.

El capitán le explicó la situación.

-Hunt te espera -añadió.

-Mi buen amigo Hunt -sonrió ML.

Lorenzo sabía que en estado sereno Medio Litro apreciaba al humanoide, llegando hasta el extremo de acariciarle su espalda abombada y sedosa. Por el contrario, sin alcohol en la sangre, el viejo navegante no se esforzaba por ocultar su animosidad hacia Sara. A veces no sabía; si prefería que Medio Litro estuviera como cuba o no.

Mientras se dirigían hacia el puente, Lorenzo sacó cigarros y ofreció uno a ML. Aquélla era la prueba definitiva. El navegador lo aceptó, lo que indicaba que tenía lúcida la mente, sin la menor nube etílica que la perturbara.

-¿Por qué Xastor? -preguntó Lorenzo.

-¿No te lo expliqué? -dijo a su vez el viejo mordiendo el cigarro y lanzando bocanadas de humo.

-No del todo. Me limité a hacerte caso, comprar la mercancía, embarcarla y partir. Luego no has estado un solo momento sereno durante todo el viaje.

-Sin embargo, me hiciste caso.

-Casi siempre lo hago, maldito seas.

Se detuvieron a poco de llegar a la puerta del puente.

-Xastor es un mundo próspero que está hambriento por ciertos artículos de lujo que durante cuarenta años no ha visto -explicó ML.

-¿Por qué? ¿Acaso no está dentro de un sector de la galaxia muy frecuentado por las rutas comerciales?

-Cuando un planeta se lía en una guerra de años, décadas, los mercaderes que trafican con cualquier cosa que no sean armas para los beligerantes, se esfuman.

-¿Cuándo acabó la guerra? Porque supongo que acabó, ¿no?

-Oh, sí. Fue hace unos años. Las dos razas llegaron a un acuerdo.

-¿Dos razas? Me temo que conozco muy poco de Xastor.

-Tu padre y yo estuvimos allí hace tiempo, cuando los xasios y los torianos andaban de greñas. Como sólo llevábamos telas, maquinarias agrícolas y otras sandeces, tuvimos que regresar con el rabo entre las piernas. La cosa estaba tan mal y complicada que incluso los traficantes de armas sentían pocos deseos de aproximarse al campo de batalla.

-¿Son humanos?

-Los xasios, sí. En cambio, los torianos son unos tipos de casi dos metros y medio de altura y muy feos, llenos de escamas y piel rugosa y dura. Pero no creas que son peores éstos que los xasios. Los humanos les ganaban en brutalidad durante la guerra.

-¿Por qué firmaron la paz?

-Porque los torianos descubrieron que los motivos que la provocaron fueron las maquinaciones de un reducido grupo de belicistas. Pero los humanos no se quedaron atrás. También entre ellos existían los clásicos halcones. Se reunieron las palomas, echaron a los partidarios de la guerra y se estrecharon las manos y garras. Al parecer funcionó aquel tratado porque la paz no se volvió a romper.

Xastór, llamado así por las dos razas dominantes, es un planeta con muchos recursos que pronto recuperó parte de la prosperidad perdida durante las décadas de conflicto bélico y ahora es un hervidero de actividad laboral. Casi todas las armas fueron fundidas para fabricar tractores, casas y utensilios con los cuales despejar las ciudades de escombros. Como después de trabajar duro las dos comunidades se encuentran con deseos de saborear los lujos que perdieron, nuestra llegada y los artículos que transportamos serán fáciles de vender.

-Habrá mucha competencia...

-Nada de eso. Seremos los primeros. La guerra en Xastor duraba tanto que en la galaxia piensan que sigue, que no va a terminar nunca.

-¿Cómo te enteraste tú?

-Un viejo colega me lo dijo una noche en...

-Sigue.

-En una taberna -replicó el viejo desviando la mirada.

-¡Vaya par de borrachos! No es una información digna de crédito, ¿no?

-Lo es, desde luego. Mi amigo nunca miente, ni siquiera borracho. Créeme, Lo. Ahora. Xastor es un remanso de paz y nosotros nos beneficiaremos de que montón de que llevan años sin recibir visitas de comerciantes.

-De alguna forma, me imagino, debió enterarse tu amigo, ¿no?

-Oh, si. Él robó ese dato a un oficial del Orden Estelar.

Lorenzo palideció súbitamente.

-Si el Orden está por medio me temo que vamos a encontrarnos con las fronteras cerradas.

El viejo movió la cabeza de un lado para otro.

-El Orden sólo pudo quedarse con los brazos cruzados mientras los habitantes de Xastor se despedazaban por culpa de unos imbéciles

ambiciosos. La Tierra ha mantenido en secreto la firma de la paz para evitar que un aluvión de bolicheros caiga sobre el planeta. El Orden no llegará allí hasta dentro de unos meses, uno o dos años. En ese tiempo podemos obtener una pequeña fortuna, dar cinco o seis viajes a la base para reabastecernos de mercancías, del tipo de artículos que más deseen los xastorianos, como han vuelto a llamarse una vez acabada la guerra.

Lorenzo le puso al viejo en el hombro su mano derecha.

-Está bien, amigo. Te creo. Ahora debemos ocuparnos de reparar esas averías en los estabilizadores -rió de pronto-. No debemos causar una mala impresión a los nativos ejecutando un pésimo aterrizaje, ¿verdad?

Entraron en la cabina de mandos. Hunt se volvió al verlos y contrajo su nariz, cómo esperando percibir un fuerte olor a vino rancio procedente del cuerpo de Medio Litro.

-Hola, Hunt -saludó ML palmoteando la cabeza puntiaguda del humanoide-. ¿Cómo están las cosas?

Hunt miró a Lorenzo y el capitán le hizo una indicación de que el viejo estaba en condiciones de colaborar perfectamente en el trabajo de trazar la nueva ruta.

Lorenzo se retiró a un rincón y se acomodó en un sillón auxiliar. Desde allí se dedicó a contemplar a sus navegantes. Los dos trabajaron en silencio durante un buen rato. Sólo hablaban para intercambiar datos. En menos de media hora estuvo trazada la ruta. Algo más tarde podía contemplar la luna muy alejada de Xastor. Poseía una masa equivalente a la décima parte del planeta y su color anaranjado y verde le intrigó en seguida.

Medio Litro aumentó la potencia del telescopio y en la pantalla pudieron verla como si se encontraran volando sobre ella a una altura de diez mil metros. Mientras Hunt se dedicaba a analizar su composición atmosférica y geológica, ML dijo:

-Puedo anticiparos que en las partes del terreno más profundas existe algo de aire respirable. Fue una pena que quedara así durante la guerra -suspiró.

-¿A qué te refieres?

-Los nativos de Xastor no llegaron al extremó de la estupidez para librar todas sus batallas en su mundo. Eligieron el satélite, que hace medio siglo era perfectamente habitable, aunque apenas poseía una población estimable en número. Ahora estáis viendo cómo quedó. No han vuelto a él, pero tal vez, cuando pase .algún tiempo, se decidan a terraformarlo. Pero eso ocurrirá dentro de mucho, cuando su propio planeta se les quede pequeño.

-Será un lugar ideal para llevar a cabo las reparaciones.

-¿Con cuántos robots disponemos? -preguntó Lorenzo.

-Sólo medio equipo -gruñó Medio Litro-. Si obtenemos beneficio de la operación debemos adquirir algunos en la base.

-Lo mejor seria comprar una nueva nave -contestó Hunt- Esta ya no puede dar mucho más de sí. Está para el desguace.

A Lorenzo le horrorizaba la idea de hacer tal cosa. El «Bravo» lo había construido su padre hacia treinta años, cuando la empresa iba viento en popa, las ganancias eran rápidas y el Orden Estelar no había metido sus narices en el sector galáctico donde operaban.

-Tal vez con algunas reparaciones... -sugirió tímidamente.

-Jefe, te costaría menos comprarla nueva, a nuestra medida incluso -dijo Hunt.

-Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento -intervino Medio Litro.

Sabía que Lorenzo tenía en gran estima al veterano «Bravo». Por supuesto, él también se la tenía. Temía que el día que la nave entrase en el desguace iba a ser el peor de su vida si no tenia a mano media docena de botellas del peor aguardiente.

-He localizado un valle profundo, muy grande -informó Hunt-. Posee atmósfera adecuada para nosotros, aunque es muy tenue. Más allá de las montañas que lo circundan resulta nociva.

Medio Litro estudió el lugar. Terminó asintiendo.

-Vale. Bajaremos allí.

-Hola, muchachos -saludó Sara al entrar en el puente.

Todos se volvieron para mirarla. Ella vestía un traje muy sucinto que mostraba generosamente las curvas más sugestivas de su cuerpo, desde su rincón, Lorenzo lanzó un silbido de admiración que fue contestado por Sara con una sonrisa de agradecimiento.

Hunt volvió su interés por los datos del panel, reforzándose porque su gesto despectivo fuera captado por la hembra humana. Por su parte, Medio Litro cruzó los dedos y recitó en voz bastante alta una vieja plegaria que se usaba en un mundo para espantar a las brujas. Sara escuchó a Medio Litro y vio el desdén de Hunt. Apretó los labios, adelantó el mentón y caminó hasta donde estaba Lorenzo, sentándose sobre las rodillas de éste. Lo rodeó con sus brazos y le estampó un beso en la boca. Fue un beso tan ruidoso como exagerado, hecho a propósito para que los dos navegadores lo escucharan.

Lorenzo lanzó un suspiro y se preguntó si algún día existiría buena armonía en el «Bravo», borracho o no Medio Litro.

CAPÍTULO III

El robot elevó la pieza metálica sobre sus hombros y la entregó a su compañero mecánico, quien a su vez. la pasó a un tercero que se ocupó de soldarla al estabilizador averiado. Entonces el primer robot se giró sobre sus ruedas para correr en busca de otro elemento, pero no llegó hasta la pila de éstos. Se detuvo, vaciló y rayó de bruces sobre el suelo terroso. El ruido a metales rotos hizo que Medio Litro se volviese.

El viejo movió la cabeza con pesimismo. Otro robot menos. Afortunadamente el trabajo estaba casi terminado y con un poco de suerte podrían despegar dentro de pocos minutos.

-¿Hunt? -preguntó alzándose sobre las puntas de sus botas.

Salió de la sombra que proyectaba la nave y atisbó a su alrededor. Torció la boca. Aquel paisaje era deprimente. Sobre sus cabezas corrían nubes de color sucio, seguramente cargadas de anhídrido carbónico, algo de helio y bastantes componentes de gases letales. Jadeó otra vez. De todas formas el aire del valle no era muy agradable. Olla mal, como a oxidación elevada, a mierda, para concretar. ML pensó que un buen trago le ayudaría a Calmar su olfato golpeado insistentemente desdé que descendieron del «Bravo».

¿Dónde demonios estaba Lorenzo? A lo lejos vio a Hunt, golpeando unas rocas azuladas con un pequeño martillo neumático. El maldito bribón no podía olvidar por un momento su afición a la geología. ¿Qué esperaba encontrar en una luna tan miserable como aquella? De pronto se dijo que si Sara tampoco estaba a la vista significaba que ella y el capitán podían estar revolcándose en cualquier rincón del valle. Sólo necesitaban encontrar un

remanso idílico de aquel pequeño río que lo atravesaba. Empero, sus aguas rojizas podían antojárseles algo excitante a los dos empedernidos fornicadores.

Masculló una imprecación, tan subida de tono que incluso hubiera hecho sonrojar a los robots de haberla escuchado.

-¡Hunt! -llamó a la pelota peluda.

El humanoide se enderezó. Tenia en una mano el martillo, y en la otra un trozo de roca recién extraída. Le devolvió un gesto preguntándole qué quería.

Medio Litro hizo bocina con tas manos y gritó:

-¡El trabajo está casi listo! Busca al capitán y dile que vuelva. Mira bien detrás de las rocas. Puede estar con su ninfa preferida.

Al cabo de un rato, cuando los robots estaban entrando en la nave y Medio Litro se preguntaba sí merecía la pena recoger tos restos del que se había partido la crisma al caer, apareció Hunt por un lado y Lorenzo y Sara por el contrario. Estos últimos caminaban muy juntitos y se reían como dos imbéciles de las gracias que se dirigían el uno al otro.

-Vamos, vamos -les apremió agitando los brazos-, ¿No estáis deseando abandonar esta cloaca?

-No es tan malo el sitio, ML -dijo Sara con un picaro mohín-. Todo depende de la compañía.

-Puedo imaginármelo -barbotó el viejo dando un puntapié al destrozado robot.

-¿Qué le ha pasado? -preguntó Lorenzo señalando la parodia humana de metal.

-¿Tú qué crees? Hace años debimos tirarlo al incinerador. Sólo tenía parches y remiendos. Que descanse en paz.

-Así sea -añadió Hunt distraídamente, que no cesaba de mirar la roca, dándole vueltas sin cesar.

-No seas irrespetuoso con los muertos, Hunt -bromeó Lorenzo.

Medio Litro arqueó una ceja. ¿Qué le había hecho a su capitán aquella bruja para ponerlo de tan buen humor? Se fijó en los ojos de Lorenzo. Podía apostar tranquilamente que el imbécil dueño del «Bravo» había ingerido algún tipo de droga erótica mientras hacia el amor con Sara. Ella también parecía muy cargada de falsa hilaridad. Allá ellos, decidió.

-Subamos de una...

No acabó la frase. Un silbido agudo creció sobre sus cabezas, que inmediatamente alzaron, escrutando las grasientas nubes. El viejo descubrió la causa del ruido. Era un huso plateado que atravesó una nube y empezó a revolotear sobre ellos.

-Creí que aquí no vivía nadie -sonrió Lorenzo con cara de cretino.

Hunt se encogió de hombros, se guardó la roca en una bolsa y afirmó:

-No descubrí vida alguna. Mis observaciones fueron exactas Deben ser visitantes.

Medio Litro se estremeció. La recién aparecida nave se había aproximado lo suficiente para ver las armas que llevaba en la afilada proa. Era pequeña, seguramente un vehículo de desembarco o... un caza de gran maniobrabilidad.

-Ya no podemos escapar -dijo de mala gana-. Durante unos minutos estaríamos a su merced y podría mandarnos al infierno media docena de veces. Debemos aguantar el tipo.

-¿Quién ha dicho que debemos salir pitando? -dijo Sara entre risitas, que a ML se le antojaron de lo más ridículas-. Vienen a darnos la bienvenida, seguro.

-A lo mejor nos vieron hace un rato y no les gustó que tú y yo... -sugirió Lorenzo.

-¿Acaso van a ponernos una multa? -exclamó Sara después de estremecer el aire con una aguda carcajada.

-Largaos al infierno y seguid allí con vuestro ejercicio preferido -gruñó ML alejándose del «Bravo».

Había calculado que el vehículo desconocido iba a descender a un centenar de metros de ellos.

-Lorenzo, si supiera que ese maldito café tuyo te regresaría a la realidad te haría tragar un bidón.

-¿Qué dices? Me encuentro estupendamente. No confundas tu estado de embriaguez con... con lo bien que me encuentro.

-Acabo de descubrir que el ser humano logra situaciones más ridículas que emborrachándose.

-¿Qué dices? -preguntó Lorenzo, a Hunt cuando el humanoide pasó por su lado siguiendo los pasos de Medio Litro.

El ser hundió sus hombros. Quedó tan extraño su cuerpo que Lorenzo y Sara rompieron a reír. Hunt se irritó y aceleró el paso. Eso le pasaba por querer imitar los gestos humanos, se dijo humillado.

El vehículo plateado descendió bruscamente, se deslizó unos metros sobre el suelo terroso, levantó una polvareda y al final quedó quieto y un poco escorado por babor.

Medio Litro gritó a Lorenzo que él, como capitán, debía dar la cara.

-Que bastante dura la tienes, compañero -agregó para su coleto y entre dientes.

La compuerta del vehículo se abrió y aparecieron varias figuras. Lo

primero que vio Medio Litro fue que llevaban armas, unos enormes rifles láser capaces de asustar al más valiente.

-Un poco desconfiados sí que son, ¿no te parece, cariño? -dijo Sara colgándose del brazo izquierdo de Lorenzo.

-Pues si han venido en busca de caza están apañados. No hemos visto más que unas lagartijas, ¿verdad, encanto? Eh, ML, ¿qué son esos tipos?

-Torianos -respondió ML sin dejar de observarlos.

Los torianos avanzaron hacia ellos. Hacían ostentación de sus armas y tomaban precauciones. Eran seis y uno de ellos tenía un uniforme distinto a los demás. Sus indumentarias inducían a pensar que eran soldados y el que ostentaba los galones un oficial

-Hola, chicos -gritó Sara moviendo una mano-. Oh, qué altos son, y bastante feos -añadió en voz baja.

-Comparados con los humanos, yo, particularmente, no los encuentro tan horrendos -dijo Hunt con ganas de fastidiar a su jefe, a la chica y un poco a ML, pese a que en su condición de lucidez era un buen amigo suyo.

-Pues a mí no me asusta su aspecto tan feroz -emitió ML una carcajada-. Seguramente mataban a sus enemigos del susto cuando había guerra.

Lorenzo calló de súbito, Durante los dos siguientes segundos mantuvo la boca abierta, produjo un sonido, gutural y se plantó delante de Medio Litro, espetándole:

-¿Es que la guerra no terminó?

-¡Claro que sí, capitán! No pierdas la calma.

Lorenzo regresó al lado de Sara. Parecía que los efectos de la droga o lo que fuera se. habían disipado, por lo que Medio Litro se preguntó si no causaría más problemas.

El grupo de seis torianos se detuvo a un par de metros de ellos. Los seis rifles formaron un medio arco de amenazadores cañones.

-Decidme, xasios, dónde está vuestra unidad.

Lorenzo contuvo a Medio Litro, que estaba a punto de responder a la pregunta. Dijo a su navegador:

-Espera, hombre. Yo soy el capitán y el responsable de los asuntos diplomáticos. Déjame hablar a mí.

-Pues estamos listos -dijo ML mirando a las nubes.

-Hola, torianos -dijo Lorenzo con la mayor de sus sonrisas, entre las cuales podía elegir dentro de una extensa gama, ya que solía prodigarlas. Ahora usaba una mezcla de suficiencia e inocencia que tan buenos resultados le había dado con los aduaneros de los mundos más severos en materias importadoras-. Permitidme que os aclare ¿que no somos xasios,

sino terrestres. Comerciantes, para concretar.

-Vaya, admitamos que no lo está haciendo demasiado mal -comentó Medio Litro a Hunt.

-¿Terrestres? -el oficial toriano señaló a Hunt con su arma y al instante el humanoide dio un salto hacia atrás-. ¿Y ése? ¿De dónde sale ese bicho? ¿Es vuestra mascota?

-Cambio mi opinión respecto a los torianos -protestó Hunt-. Me gustan más los humanos, pese a todo -y elevando la voz, aclaró-: No soy una mascota. Por el contrario, mi coeficiente de inteligencia supera a la media de los terrestres, y tal vez también a la de los torianos.

-Lo lamento. No era mi intención ofenderle, señor...

-Hunt. Mi nombre adaptado a las laringes humanas es Hunt. Soy oriundo de Zimbala, un mundo del Quinto Círculo. Está disculpado, amigo toriano.

-No tenemos nada contra ti, Hunt. Tú no puedes ser un xasio -dijo el oficial toriano-. En cambio ellos pueden fingirse terrestres. Hace mucho tiempo que no llegan humanos procedentes de los sectores de ascendencia terráquea por aquí.

-¿Lo está oyendo, terco? -exclamó ML con euforia-. Nada de comerciantes. Tenemos delante un mercado por explotar. ¡Somos los primeros!

-No te adelantes a los acontecimientos -dijo Lorenzo-. Tal vez eso sea un inconveniente en lugar de una ventaja.

-Eres asquerosamente optimista -gorgueó ML. Y volviéndose a los .torianos, les preguntó-: ¿Hay una base de Xastor en este satélite?

Los torianos se miraron entre si. El oficial decidió:

-Debemos comprobar que es verdad lo que afirman ser.

Lorenzo se encogió de hombros y pidió a Sara:

-Cariño, ¿te importa subir a la nave y traer la documentación?

-¡No! -gritó el oficial-. Que entre Hunt. No me fío de ustedes.

-Vaya, no son tan tontos como me parecieron al principio -y en voz más baja, para oírse él solo. Hunt añadió-: Una raza que desconfíe de los terrestres demuestra inteligencia.

Hunt se dirigió a la esclusa a buen paso y desapareció en el interior.

-¿Por qué han descendido en la luna? -preguntó el oficial-. No es un lugar muy seguro para unos comerciantes, en el supuesto que lo sean en realidad.

-Tuvimos una avería que terminamos de reparar cuando ustedes aparecieron -explicó Lorenzo-. Estábamos a punto de marcharnos cuando vimos llegar su nave. Decidimos no hacerlo entonces.

-Hicieron bien -graznó el toriano-. Si hubieran escapado no habrían llegado muy lejos. Nuestra nave-nodriza está cerca.

Lorenzo miró a ML y éste devolvió un gesto de incredulidad.

-Viejo chocho -dijo Lorenzo.

-¿Qué estás pensando? ¡Yo no me he equivocado!

-¿No? ¡Esta gente está en guerra!

-¿Qué están gritándose? -intervino el toriano.

El capitán cruzó los brazos.

-Díganos usted si su nave-nodriza y ese vehículo plateado son unidades de guerra.

-Claro que sí...

-Bueno, el emblema que lleva el vehículo en el fuselaje es el círculo verde de la raza toriana -admitió ML compungido-. Xas utiliza un triángulo amarillo. Ambas figuras geométricas formaban el escudo del planeta cuando estaba unido, antes de la guerra, y que luego, en la paz, fue restablecido. Sí, admito que es extraño, pero...

El oficial toriano se plantó entre los dos hombres.

-¿Qué está diciendo? -parecía muy enfadado. Sus escamas de la frente se volvieron más verdes, casi negras-. ¿De qué paz está hablando? ¡La guerra continúa y terminará con la victoria de las armas torianas sobre los malditos humanos xasios!

Medio Litro quedó con la boca abierta, Lorenzo empezó a maldecir la senilidad del viejo y Sara echó el resto, diciendo:

-¿Ves, cariño? Te he dicho muchas veces que no debías fiarte del borrachín.

Medio Litro se revolvió todo rojo, congestionado.

-¡Bruja!

-¡Borracho inútil!

-¡Callad los dos! -vociferó Lorenzo.

Los torianos asistían asombrados a la disputa de los tres humanos. El regreso de Hunt con los papeles de la nave aplacó los ánimos. El oficial cogió los documentos y entonces dio comienzo un nuevo problema: el toriano no sabía leer la escritura terrestre.

CAPÍTULO IV

-Se parece a la escritura xasio -dijo el oficial al cabo de un rato de manosear los papeles con sus garras.

-Claro que se parece, pedazo de bruto -estalló Lorenzo-. Los xasios deben ser descendientes de la Tierra que tuvieron la mala ocurrencia de ocupar medio planeta, la parte menos caliente, dejando la otra a tus abuelos, cuando éstos todavía se tostaban panza arriba al sol canicular.

El toriano emitió un gruñido ronco, entreabrió la boca y relucieron unos colmillos larguísimos y muy afilados.

-Me está insultando y eso no lo tolero. Se acabó mi paciencia. Están todos detenidos. Los llevaré ante mi superior y él decidirá si dejarlos marchar o encerrarlos como prisioneros de guerra.

-No puede hacer eso. Estamos amparados por la Tierra, incluso por el Orden Estelar.

-Sé que existe la Tierra, pero nunca he oído hablar del Orden Estelar -replicó el toriano.

-Eso no puede ser -dijo Medio Litro-. Apenas terminó el conflicto armado, el Orden envió una misión pacífica para colaborar en la firma del cese de las hostilidades. Aunque sólo retuvieron unos días, de eso hace varios años, un oficial no puede haber olvidado un hecho tan sonado.

-Repito que no sé lo que es el Orden Estelar.

-Este tío es tonto -dijo Lorenzo golpeando el terreno con la bota derecha intermitentemente-. Debe acabar de romper el huevo que su madre ha cagado en una charca llena de mosquitos.

-Oh, qué interesante -exclamó Sara-. ¿Son ovíparos? ¿Tan grandes .y

robustos?

-¡Y yo qué sé! -gritó Medio Litro-. Mis datos referentes a las razas de Xastor no son tan profundos.

-Yo diría que son inexistentes -bromeó Sara.

-Ea, bruja, haga un pase mágico y líbrenos de esos lagartos gigantes -pidió ML con burla-. Debemos llegar a la parte del planeta Xastor poblada por los xasios y preguntarles qué demonios está pasando.

-Usted nos ha metido en este lío y es usted quien debe sacarnos. No soy ninguna bruja y, aunque pudiera, no movería un dedo para ayudarle.

-Pues vamos a pasarlo mal porque las cárceles torianas son algo horrible. Son cubículos pequeñísimos, casi sin ventilación, donde uno no puede apenas moverse. A los pocos días se nada en sus propios excrementos, y mejor que no hablemos de la comida, ¿Sabe lo que comen los torianos...?

Medio Litro no tuvo necesidad de seguir describiendo lo mal que lo iban a pasar si eran hechos prisioneros de guerra de los torianos. Sara lanzó un gritito de horror. Se llevó las manos a los oídos y los seis humanoides de aspecto lagartoide desaparecieron.

-¿Dónde están? -preguntó Hunt- recogiendo con presteza los papeles que quedaron en el suelo.

-Eso no importa ahora -dijo ML-. Corramos a la nave.

-Los... los envié a su vehículo. Tardarán unos minutos en reaccionar y poder abrir la puerta de los aseos donde se encuentran.

Subieron corriendo por la rampa, entraron en la esclusa y Sara la cerró, mientras sus compañeros volaban materialmente hacia el puente de mandos.

Los sillones delante de los paneles fueron ocupados con toda rapidez y las manos de los tres navegantes se movieron veloces sobre conmutadores, diales y botones. Un minuto después el «Bravo» saltaba al espacio, poco antes de que los seis torianos encerrados lograran destrozar la puerta y salir al exterior para convencerse de que la destartalada nave se había esfumado.

-Hablaron de una nave-nodriza -recordó Sara mirando con recelo las pantallas detectoras-. A ver si tenéis cuidado y no nos topamos con ella.

Desde su sillón de piloto, Hunt replicó desdeñoso:

-Eso es asunto mío, mujer. Entraremos en el híperespacio y saldremos a medio millón de kilómetros de Xastor, los burlaremos y...

-¡Esa distancia no es prudente! -protestó Sara-. Demasiado cerca.

-¿Qué sabes tú? -se rió Medio Litro.

-Viejo tonel... -masculló la chica. Se aseguró al único sillón que quedaba libre y cerró los ojos.

La transición del espacio normal al hiperespacio resultó una maniobra muy brusca. Sara casi se desvaneció, el viejo apenas pudo contenerse de devolver el café ingerido en grandes cantidades, Hunt se convirtió en una lustrosa bola peluda y el capitán soltó un prolongado gemido.

-Todo correcto -vociferó ML. Mirando al humanoide, añadió-: Amigo, debo felicitarte. Este asalto ha sido más espectacular que el juego de manos de la brujita.

Lorenzo se volvió para no mirar la explosión de ira de Sara. La chica, manoteando con los cierres de seguridad de su sillón, pataleó, amenazó incoherentemente y al final se la pudo oír:

-Maldito viejo y condenado bicho con pelos. Los dos sois unos desagradecidos. Si no fuera por mí ahora; estaríamos todos pudriéndonos en tas apestosas celdas tartanas. Debería...Debería...

El capitán se incorporó y corrió hasta su compañera intentando calmarla. Nunca la había visto tan enfurecida. No conocía el límite de sus poderes, sobre todo en estado de excitación. Cuando se hallaba calmada, Sara apenas era capaz de mover una silla un metro. Si había sido tan fuerte como para librarse de los torianos se debía a su miedo, al pavor que le metió ML en el cuerpo.

Lorenzo la ayudó a librarse de las correas y la besó en la boca. Los manotazos de la chica fueron perdiendo fuerza y sus brazos acabaron rodeando el cuello del capitán. Hunt asomó la cabeza por el respaldar del sillón, y miró con ojos saltones la cariñosa escena.

-¡Eh! ¿Es que vais a liaros aquí mismo? ¡Mierda de humanos!

Lorenzo le amenazó con un índice convulsivo:

-¡Ocúpate de sacar enseguida esta nave del hiperespacio o vamos a atravesar Xastor!.

No pudo seguir. Sara le agarró por el cuello y buscó sus labios con ahínco.

-Déjalos -dijo Medio Litro filosóficamente- El capitán nos hace un favor. Se sacrifica para que ella nos deje en paz.

-Por los demonios sátiros, ML -dijo Hunt. Se le erizaron los pelos del cogote, señal evidente de que estaba asustado-. Nos hemos pasado un poco del tiempo que debíamos permanecer en el hiperespacio. Voy a sacar el «Bravo» si no...

Tiró de las palancas y la transición provocó tal sacudida que Lorenzo y Sara rodaron por él suelo, pero fuertemente entrelazados. Las pantallas visoras se volvieron locas. Fue un torrente de luz, de explosiones cromáticas. Cuando todo se calmó y ML comenzaba a respirar aliviado, sabiendo que no se dirigían directamente hacia la superficie del planeta

Xastor. La masa gris brillante que se formó en la imagen de proa le hizo emitir un grito gutural.

-¿Qué es eso? -preguntó Lorenzo desde el suelo, zafándose del abrazo de Sara.

La chica perdió de súbito su pasión, rodó un;poco y después de mirar la pantalla maldijo a los dos pilotos y agregó:

-Eso es la nave-nodriza toriana. Vamos directamente a ella.

Todos quedaron en silencio, paralizados por la sorpresa. Era una nave enorme hacia la cual se dirigían, tenía abierta una compuerta grande, con fuerte luminosidad blanca. Era una boca dispuesta a engullirles. A devorarles, pensaron todos. Y no había ninguna posibilidad de cambiar el rumbo. Sólo cabía llevar a cabo el proceso de frenado si no querían estrellarse en el fondo del hangar de la gran nave, tras la cual brillaba con tonos azules y naranjas el planeta Xastor, muy próximo.

Sara recompuso su menguado vestido y dijo con funebre mordacidad:

-Os felicito, chicos. Sois geniales.

Hunt y Medio Litio intentaron, inútilmente, hundir sus cabezas en los hombros.

Un minuto después era la nave «Bravo» la que se hundía en la abertura. Y los cuatro tripulantes se resignaron a su suerte.

* * * *

Sin embargo la resignación sólo fue aparente. El decaimiento en la tripulación del «Bravo» duró apenas el tiempo que la nave precisó para deslizarse por la rampa y detenerse, ayudada por el sistema de frenos del hangar, al final del túnel largo y blanquecino.

El primero en manifestar su total oposición a ser apresado por los torianos fue el capitán Lorenzo, quien se dirigió a la alacena del fondo del puente y con manos nerviosas intentó abrirla con una llave magnética.

-¿Qué haces? -preguntó Hunt, el único que conservaba la calma, tal vez debido a su naturaleza fría y calculadora.

-No me atraparán como a un imbécil.

-Hagas lo que hagas será así -masculló el viejo entre dientes, pensando que un traguito le daría fuerzas para enfrentarse a! cautiverio.

-¿Qué dices?

-Nada, cosas mías.

Lorenzo abrió la alacena y empezó a rebuscar entre las confusas y extrañas cosas que la llenaban.

-Lucharé y moriré como un héroe -aseguró sin cesar dé combatir, por el

momento, contra el caos de la alacena.

-Morirás como has vivido -silbó Medio Litro- como un cretino. Vamos, Lorenzo, ¿qué puedes esperar enfrentándote a un montón de torianos armados hasta los colmillos? Además, ¿qué armas llevamos a bordo? Como no cojas un cuchillo de cocina o un destornillador...

El capitán se volvió triunfante. En su mano derecha tenía una especie de pistola.

-¡Con esto será suficiente! Me llevaré por delante a unos pocos.

-Con eso no matarás ni a las pulgas de los torianos, hombre -resopló Medio Litro-. Es un lanzador de agujas magnéticas.

Sara arrugó el ceño. Miró al viejo.

-¿Para qué sirve? -preguntó.

-Para asegurarse al fuselaje de la nave cuando un operario trabaja en pleno vuelo. No hiperespacial, obviamente. Además, sólo tiene seis cargas, y eso contando con que aún funcione. Debe llevar en la alacena un montón de años.

-No me explico cómo no lleváis armas a bordo -se quejó Sara.

Hunt advirtió que tenían poco tiempo para diseñar la estrategia de lucha, y añadió:

-Vienen en nuestra busca -señaló la pantalla de babor en la que aparecía un grupo de torianos que caminaban por el muelle-. No perdáis la calma ahora. Tengo una idea.

-¿Tú, cojín de pelos? -se burló Sara.

-Y una idea de origen terrestre -sonrió Hunt-. Si queréis morir luchando como los héroes de las novelas sólo tenéis que bajar a la bodega y coger unas botellas de ese horrendo licor.

Los ojos de Medio Litro se iluminaron.

-Eso es -exclamó-. Con el cuerpo lleno de aguardiente no notaremos mucho las descargas que nos destrozarán en un santiamén.

Hunt movió negativamente la cabeza.

-Quiero decir que con las botellas de licor podéis confeccionar unas bombas que se utilizaron mucho en la Tierra hace cientos de años, en la edad prehistórica, creo.

Los tres humanos se miraron los unos a los otros y luego observaron boquiabiertos al humanoide.

-Explícate -pidieron en coro, pero desafinado y a destiempo.

-Su nombre es cóctel Molotow o algo parecido. Se cierra la botella, afortunadamente son de cristal, nada de sucio plástico, con un pedazo de trapo o estopa, se prende fuego a la mecha y se arroja contra el enemigo antes de que estalle en las manos de uno, lo cual es fatal si ocurre.

Medio Litro empezó a mirar con cara de malos amigos a Hunt. ¿Qué pretendía hacer aquel humanoide estúpido con el aguardiente? ¡Si es que uno no podía fiarse de la gente de Zimbala!

Pero a Lorenzo le pareció magnífica la idea y corrió nivel abajo, hacia la bodega.

-Podríamos usar tu pelo como estopa -dijo ML a Hunt-, Debe arder estupendamente.

-Usad 1o que queráis. Allá vosotros.

-¿Es que tú no piensas utilizar tu idea?

-Ni que estuviera loco -rió Hunt-. Yo saldré el último-, con una enorme bandera blanca -preocupado, agregó-: Espero que estos lagartos sepan lo que significa.

CAPÍTULO V

Los torianos perdieron la paciencia y por medio de algún artefacto empezaron a golpear la esclusa principal del «Bravo», a la par que enviaban mensajes exigiendo a los tripulantes que salieran de una vez.

Los tres terrestres ocuparon este tiempo en confeccionar unas botellas según las indicaciones de Hunt, mientras que éste cogía una sábana y la ataba a una vara de acero. Luego esperó a que sus compañeros, con mirada fiera y decidida, se acercaran a la salida.

-Suerte, amigos -deseó Hunt desde el fondo del pasillo, colocado en un ángulo que calculó no podía ser alcanzado por los disparos de los torianos cuando éstos abrieran fuego.

-Que te den por el trasero -le escupió ML, mirando algo compungido las dos botellas que sostenía con ambas manos. El tirano de Lorenzo no le había dejado ni probar un poco de aquel aguardiente magnífico que ellos pensaban, irreverentemente, convertir en llamas.

-Adelante -dijo Lorenzo inflando el pecho.

-Yo abriré -se ofreció Medio Litro retrocediendo hasta el dispositivo de apertura que estaba en el pasillo.

-Por favor, de eso me ocupo yo -dijo Hunt acercándose cautelosamente hasta allí y moviendo la palanca. Se ganó una mirada fulminante del viejo.

La compuerta de acero silbó, se elevó renqueante y torpona y la rampa surgió del fuselaje quedando tendida como un puente sobre el borde del muelle, pero haciéndolo tan velozmente que un toriano que manejaba el martillo con el cual golpeaba a distancia el casco del «Bravo», no tuvo tiempo de apartarse, bramó como un toro y se retiró pegando saltos con una

sola pierna porque la otra la mantenía sujeta con sus garras y hecha añicos.

El grupo de torianos retrocedió un par de pasos y luego miraron con ojos de pez muy abiertos al trío que empezaba a caminar despacio sobre el puente. Cuando los terrestres estuvieron a mitad del camino, Lorenzo dijo, casi vociferando:

-¡Ahora, amigos! Que sepan lo que es bueno. ¡Prended las mechas!

El capitán se quedó con los brazos levantados, los dientes apretados y balanceando las botellas. Pasaron unos segundos y súbitamente se volvió hacia sus compañeros. Rojo de ira, les espetó:

-Pero, ¡bueno! ¿Qué esperas para encenderme las mechas y también las vuestras?

-¿Con qué? -preguntaron Sara y Medio Litro.

-¡Se suponía que alguien debía llevar el fuego!

Medio Litro se encogió de hombros. Los torianos avanzaron y sus enormes garras inferiores pisaron el metal de la rampa.

-Pues aviados estamos ya para buscarlo -dijo ML. Quitó la estopa de una de las botellas, se llevó el gollete a los labios y empezó a vaciarla con una rapidez increíble.

-¡Si es que uno no puede fiarse de nadie! -gritó Lorenzo-. ¿Qué hago yo con esto?

-Por de pronto estamos haciendo el ridículo, cariño -dijo Sara.

-Cuando atrape a Hunt -silbó Lorenzo- voy a darle una patada en su culo de almohadón. ¡Se le olvidó explicarnos las instrucciones completas, el muy idiota!

Estaba vuelto de espaldas a tos torianos, pero con las manos tendidas hacia ellos. De pronto, Lorenzo sintió que las botellas les eran arrebatadas. Pensó que a continuación iba a recibir una descarga paralizante o algo parecido, cerró tos ojos y casi no dio crédito a sus oídos cuando escuchó:

-Gracias, humano -era la voz de un toriano, que ahora sostenía las dos botellas y en su cara de lagarto parecía haber lo que podía tomarse, con mucha fantasía, como una sonrisa-. Desconocíamos esta forma dé mostrar tos terrestres su amistad. Sin embargo, debo admitir que es muy elegante entregar regalos. Creo que debo buscaros algo con que corresponderos.

Los demás torianos soltaron chirridos de satisfacción y se apresuraron a tomar de las manos estupefactas de Medio Litro y Sara el resto de las botellas. El viejo observó idiotizado cómo su botella medio vacía era agarrada con mucho cuidado por dos garras verdosas, cuyo dueño, después de estudiar un poco al trasluz el líquido, decidió echarse al coleto un buen buche.

-¡Es magnífico! -dijo a sus compañeros-. Este vino es mucho mejor que

el que están empezando a fabricar nuestros hermanos los xasios.

-¿Vino? -exclamó el,viejo-. Eso tiene setenta grados, amigo.

-Bueno, admitamos que es poco suave -rió el toriano.

El ser que parecía ostentar el mando del grupo empezó a abrazarlos, a soltar frases de bienvenida y a repetir sin cesar que se hallaban muy honrados con la visita.

-Esperábamos a los humanos del Orden Estelar desde hace tiempo -afirmó.

Hizo que sus compañeros abrieran un pasillo por el que empezaron a pasar los terrestres, más confusos que nunca y sin encontrar una explicación a cuanto les ocurría.

En aquel momento apareció tímidamente Hunt. Su pequeña figura se recortó en el vano de la compuerta, arrastrando la vara con el trapo blanco amarrado.

Medio Litro volvió la cabeza y le gritó:

-Vamos, cretino, no te quedes ahí y ven con nosotros. Tú y tus ideas geniales. Mira que si alguno se acuerda de encender las botellas.

Gris de vergüenza, Hunt tiró al interior de la nave la inútil bandera y caminó tras el grupo.

* * * *

Se habían sacado un par de cajas de licor de la nave y una hora después, en la sala de recepción, veinte oficiales torianos y los tripulantes del «Bravo» charloteaban y se gastaban bromas como si fueran amigos de toda la vida. El suelo estaba lleno de botellas vacías y Medio Litro empezaba a sentir un poco de vergüenza al comprobar que otros seres, aquellos lagartos, bebían más que él y aguantaban mucho mejor el brebaje.

La velada discurría cada vez más animada cuando Sara comentó algo de lo que les había ocurrido en la luna de Xastor. Manifestó que la paz era buena, que la guerra era mala y otras cosas más sin sentido. Todo lo dijo entre hipidos, pero los torianos se quedaron de pronto muy serios y la miraron fijamente.

El jefe de la nave se llamaba Gundulio y la escrutó con torvedad.

-¿Qué está diciendo? Aquí no hay guerra. Existe la paz desde que se firmó el armisticio con los humanos de Xastor. Ya veis que llamamos a nuestro planeta con el nombre primitivo. Xasios y torianos somos ahora xastorianos desde que expulsamos la violencia de nuestras almas.

-¿Te convences, Lorenzo? Esta gente está en paz. Habrá tranquilidad para, formalizar negocios. Comandante Gundulio, ¿cree usted que existen

buenas perspectivas de comercio con Xastor?

-¡A nosotros nos atacaron en el satélite! -le rebatió Sara-. Y eran torianos.

De pronto, los humanoides dejaron de beber, de reír y parlotear. Se quedaron todos muy callados y sus ojos se empequeñecieron a la vez que las mandíbulas mostraron los afiladísimos dientes.

-Los torianos no somos salvajes -dijo el jefe guturalmente-. Pertenecemos a las Fuerzas Armadas de Xastor y...

-¡Pues proclamaron que la guerra jamás se acabó! -insistió la chica.

-¿Quiénes?

-Ustedes, sus primos hermanos o... ¡Yo qué sé! Me parecen todos iguales.

Lorenzo soltó un erupto y pareció que con él se alejaba de su organismo una buena porción de tos gases etílicos que lo saturaban. El capitán del «Bravo», a juicio de médicos, psiquiatras, desde luego, era un tipo inestable que pasaba de la torpeza más increíble a momentos de lucidez que podían equipararse con el raciocinio de un genio. Desgraciadamente para él y sus negocios, éstos últimos no eran frecuentes.

El capitán hizo callar a la muchacha con el único medio que podía hacerlo, estampándole un beso en sus labios furiosos. Luego, simulando que la acariciaba, le tapó la boca, aprovechando unos preciosos segundos para disculparse ante sus anfitriones:

-Deben disculparla. Ella está cansada a causa del largo viaje. Ejem, caballeros. Nosotros estamos deseando entrevistarnos con sus líderes, lo antes posible.

Gundulio se movió de un lado para otro, como pensando cuál debía ser su respuesta. De pronto no le resultaban simpáticos los enviados del célebre Orden Estelar, la organización creada en la Tierra hacía un montón de años y que se ocupaba de establecer relaciones pacíficas con los mundos que fueron olvidados después de la caída del Gran Imperio.

El jefe toriano se rascó el mentón con una afilada uña y dijo despacio:

-Bueno, creo que podemos anticipar unos días nuestra vuelta a la capital de Xastor. Les llevaremos a ustedes.

Lorenzo sonrió ampliamente.

-Oh, no se moleste. Déjenos salir y nosotros descenderemos con nuestra nave.

-Nada de eso. Su vehículo está bien en el hangar. Este transporte puede bajar hasta la superficie. Nuestros líderes, sin duda, estarán conformes con mi decisión. Me pondré en contacto con ellos enseguida... tan pronto ustedes sean alojados en unos camarotes. Seguro que necesitarán descanso

-Gundulio amplió su sonrisa-. Me ufano de conocer los síntomas humanos y sé que están muy agotados, con esas ojeras tan feas que enmarcan sus pequeños ojitos. Los ojos humanos es lo que menos me gusta de ustedes, lo confieso.

Se produjo un revuelo entre los torianos al levantarse. Algunos tenían dificultades en mantenerse en pie. Uno de ellos, el que sufrió el accidente con la rampa, calculó mal sus fuerzas y se cayó de bruces, teniendo que ser ayudado por otros compañeros.

-¿Qué pretendías? ¿Escapar? -le increpó el viejo a Lorenzo.

-Estoy deseando largarme de este rincón lleno de locos. ¿A quién podemos creer? ¿Están o no en guerra? Y Sara ha estado a punto de meter la pata.

-Puedes dejar de taparle la boca, muchacho; se ha dormido como un tronco.

Lorenzo te tomó entre sus brazos, pensando que la chica pesaba algo más de lo que se figuraba. Como, siempre hacían el amor anulando la gravedad en la cabina... Se alegró de que Sara hubiera terminado vencida por el cansancio y, sobre todo, por el licor. Una paranormal excitada podía ocasionar un grave problema.

El único que no había participado en la degustación de los licores que transportaba el «Bravo» era Hunt, ya que el alcohol, además dé no proporcionarle ninguna euforia, era un veneno para su organismo; circunstancia, sin duda, por la cual Medio Litro simpatizaba con el humanoide cuando aún no se hallaba sumergido en los vapores del líquido espiritual. Si luego cambiaba dé opinión, completamente beodo, era porque consideraba un insulto que alguien, aunque fuese un pequeño ser peludo, rechazase una invitación.

Hunt había aprovechado que sus compañeros departían las botellas con los torianos para echar un vistazo a la nave y sacar conclusiones.

Más tarde, cuando Sara dormía, ML cantaba desafinadas canciones y Lorenzo se tomaba una ducha para despejarse, el zimbaliano contó cuanto había observado.

-Esta nave es una porquería -aseguró-. Casi no lleva armamento. Diría que 1a conservan como una reliquia. Debe tener un montón de años -luego, despacio, añadió-: He descubierto impactos de descargas láser. Algunas sentinas están selladas.

Lorenzo arrugó el ceño, salió de la ducha y mojó la moqueta para dirigirse hasta donde Hunt se sentaba.

-¿Qué carta debo quedarme? -sus ojos todavía enrojecidos bailotearon, frenéticamente-. ¿Hay guerra o no?

-Espera -le calmó Hunt-, Esas señales de impactos son muy viejas. Tal vez esta nave intervino en alguna batalla, pero hace muchos años. Más de veinte, tal vez.

Lorenzo se tumbó en la cama que había vacía, junto a la que ocupaba Sara, Por un momento pensó que la chica debía estar más cubierta. Se encogió de hombros. ¿Para qué molestarse en buscar una sábana. Medio Litro era demasiado viejo pata que los encantos de Sara le excitaran. Hunt, como humanoide, no podía apreciar la belleza femenina. Además, ¿no les había visto más de una vez haciendo el amor?

-Ahora dormiré -dijo en medio de un bostezo-. Me llamas cuando estemos a punto de descender, Hunt.

-Sí, claro -replicó el humanoide de mala gana-. Como yo sólo duermo cada tres días siempre os acordáis de mi para que os sirva como despertador.

Lorenzo no le contestó. Sus ronquidos llenaron la habitación. Al poco, Medio Litro empezó a imitarle, más ruidosamente.

La gran nave con tripulación toriana que llevaba los emblemas combinados de las razas xasia y toriana, el círculo y el triángulo invertido, se encontraban a medio camino del planeta y su gran luna cuando absorvió al carguero terrestre. La distancia era de apenas unos seis millones de kilómetros, pero necesitó casi todo el día para recorrerlos y penetrar la atmósfera de Xastor.

Hunt, que no había cerrado un ojo durante este tiempo, anotó aquel hecho en su mente. Entonces despertó a sus compañeros y esperó pacientemente a que dejaran de quejarse del dolor de cabeza con que se encontraron al abrir los ojos.

-No han podido dar un pequeño salto en el hiperespacio.

-¿Eh? ¿Qué dices? -preguntó Lorenzo chasqueando la lengua, sin entender bien la explicación de Hunt.

El humanoide esperó que ML y Sara se reunieran con ellos.

-Esto confirma mi teoría de que este gigantesco navío de guerra es un trasto casi inútil, sólo impresionante a primera vista. Si cuenta con más de una batería láser en buenas condiciones soy capaz de comerme mi rabo. Su sistema de navegación está tan deteriorado que debe resultarles una temeridad arriesgarse a dar un salto pequeño, que incluso nuestro carguero seria capaz de llevar a cabo.

-Necesito café -murmuró Lorenzo.

-No me has escuchado -se quejó Hunt.

-Oh, sí. Me alegro que hayas descubierto todo eso, Hunt, de veras. Pero ahora necesito café.

-Dicen que un traguito en ayunas quita la resaca -apuntó Medio Litro echando un vistazo a la habitación con la esperanza de encontrar una botella con algo de licor. Pero allí no había nada.

-No esperes que los torianos lleven café a bordo -dijo Sara-. ¿No puedes esperar un poco? Seguramente los humanos de Xastor, los xasios, conozcan el café o alguna infusión parecida.

En aquel momento entró un toriano. Los tripulantes del «Bravo» no pudieron saber si era alguno de los que confraternizaron con ellos el día anterior. De todas formas el ser de más de dos metros de altura mostró su afabilidad con una sonrisa de oreja a oreja.

-Vamos a descender dentro de cinco minutos en la capital del planeta. Ya ha sido avisado el gobierno y los dos lideres nos recibirán inmediatamente.

-¿Los dos líderes? -preguntó Lorenzo.

El toriano pareció algo sorprendido.

-¿Cómo? ¿Es que no saben ustedes que desde que se firmó la paz Xastor está gobernado por dos jefes, uno de cada etnia?

-Oh, claro que sí -sonrió inmediatamente Medió Litro-. Ya lo sabíamos. Es que nos ha sorprendido que sean los dos quienes nos reciban. Es un gran honor.

El toriano hizo una inclinación de cabeza.

-Es lo menos que se merecen los representantes del Orden Estelar, señores. Wergor el toriano y Mullerger el xasio, están impacientes por firmar el tratado de cooperación entre Xastor y la Tierra.

Fue en aquel momento cuando Lorenzo identificó al toriano como a Gundulio, el comandante. Empezaba a diferenciarlos y a conocer los distintivos militares de los xastorianos.

Estuvo a punto de decir algo, pero Gundulio, restregándose las zarpas, le contuvo.

-Confieso que estoy contento de que lleguen al fin, señores. La presencia del Orden Estelar estaba resudando perentoria.

-¿Porqué?

-Pese a los años que llevamos de paz, están ocurriendo cosas, aunque leves, que pueden conducirnos a otra guerra -amplió su sonrisa devoradora, de caimán-. Pero con ustedes en Xastor, los halcones de las dos razas serán sepultados por los clamores de los pacifistas.

-¿Los halcones son torianos o xasianos?

-Lo ignoramos. Son muy listos; pero una pequeña minoría está muy interesada en que regresen los viejos tiempos bélicos -Gundulio crispó sus zarpas, torciendo el gesto, enfurecido-. Si yo cogiera al culpable...

Lorenzo se alegró de no ser sospechoso a los ojos del comandante, sobre todo ante las afiladas uñas, que se le antojaron de acero.

-Sí, sí -admitió deglutiendo y mirando con expresión de animal acorralado a sus compañeros-. Ahora, con nosotros en Xastor, todo será más... ¿cómo diría? Ah sí, más pacificador.

Cuando el toriano les dejó, Medio Litro preguntó con ios ojos muy entornados:

-¿Cuál es el castigo del Orden para quienes se hacen pasar por miembros de su organización?

CAPÍTULO VI

El comandante Gundulio invitó a sus huéspedes al puente de mando para presenciar desde un lugar privilegiado el descenso del navío que mandaba, una mezcla de nodriza, con capacidad para veinte cazas pesados, y acorazados de ataque. Era conocido por unas, siglas y unos números, el RJ-098.

Cuando pasaron por los hangares, camino del puente, los tripulantes del «Bravo» descubrieron que las rampas estaban vacías. No hicieron ningún comentario, pero todos pensaron que tal vez a bordo no transportaban ningún aparato más que el de ellos. Gundulio, en cambio, sí manifestó su curiosidad por la inclusión de un humanoide, cuya raza por supuesto no conocía, entre los miembros del Orden.

Lorenzo replicó con presteza:

-El Orden Estelar no es racista y cualquier ser inteligente puede solicitar su incorporación.

La respuesta complació al toriano, y Lorenzo desvió la cara para que no fuera descubierta su sonrisa burlona, porque pensó que tal vez el lagarto de más de dos metros de altura estaba pensando desde ya, que él podía solicitar el ingreso en la famosa organización.

El puente de mando del RJ-098 disponía de tres equipos de maniobra, pero sólo funcionaba uno. Los navegadores, tuvo que reconocerlo Lorenzo, eran hábiles, porque aunque en el momento crítico de penetración en la atmósfera unos deceleradores empezaron a fallar, consiguieron reajustar la deficiencia con más habilidad que técnica.

Cuando bajaron a unos diez mil metros sobrevolaron un océano y luego

lo hicieron sobre la tierra firme. En el horizonte descubrieron, por medio del visor de proa, unas luces que brillaban en el atardecer.

-Es la Capital -dijo el comandante con orgullo.

-¿Cómo se llama? -preguntó Sara.

-No tiene nombre. Sólo es conocida como la Capital.

-¿Por qué?

-Aunque las dos razas de Xastor hablamos el mismo idioma cada una posee sus nombres propios. Así, para no ofender a nadie, se decidió llamarla la Capital. Está levantada justo en las antiguas fronteras de las que fueron naciones separadas durante siglos. Casi todos sus habitantes son administrativos y dirigentes, sumando unos diez mil.

-Es una medida muy inteligente -reconoció Lorenzo con una sonrisa.

-Gracias,. señor -dijo el comandante, a la vista muy halagado-. Al otro lado de la ciudad está el astropuerto. Ya nos tienen reservado un lugar de privilegio.

La nave de guerra se posó algo pesadamente en una gran extensión de tierra batida. Se palpaba que las instalaciones eran recientes. Al fondo, en dirección a la ciudad, se alzaba un edificio todavía no terminado, el centro regidor del astropuerto.

Al bajar fueron recibidos por dos compañías de soldados. Una era de humanos y la otra de enormes torianos que pretendían rivalizar en marcialidad con los xasios. Dos oficiales, cada uno de una raza, saludaron a los terrestres y al zimbaliano. Luego, un gran coche les llevó volando al palacio gubernamental.

Aunque ya era muy avanzado el día fueron saludados por los dos lideres en la entrada del palacio, un edificio de mármol y acero que se levantaba en medio de una plaza tan grande que no tenía que envidiar en nada al astropuerto.

Wergor el toriano vestía ricas ropas, con adornos de oro y pedrería. Era uno de los lagartoides más altos que habían visto los terrestres. Al estrechar su zarpa, Lorenzo contuvo un grito de dolor porque aquel jefe no había aprendido a calcular sus fuerzas. Wergor emitió unos graznidos que ya sabían eran las risas torianas. Sin embargo, a los oídos de Lorenzo sonaron extrañas, como forzadas o nerviosas.

Mullerger, el xasio, era un humano de mediana estatura, algo sobrado de grasa. Su sonrisa perenne resultó agradable de inmediato a los recién llegados y su mano era cálida y amistosa.

Los dos lideres fueron unánimes al proclamar que estaban muy contentos de que al fin estuvieran en Xastor los representantes del Orden.

Sin dejar de parlotear y visiblemente emocionados los introdujeron en

el palacio, llegando a una habitación donde resaltaba una mesa repleta de viandas, carnes, frutas y pescados; además de jarras de cristal tallado en cuyo interior brillaban vinos o licores a la luz de las arañas del techo.

Los ojos del viejo ML se abrieron ansiosos ante las muestras alcohólicas nativas. Lorenzo le golpeó con un codo para recomendarle prudencia.

-Luego les haré llegar unos regalos que llevamos a bordo, señores -dijo Hunt, que no quería quedar a la vista de los líderes como un segundón.

-Y será a un precio... -Medio Litro torció la boca ante el nuevo golpe que le propinó Lorenzo en los riñones.

El capitán sonrió y se agachó sobre el viejo, simulando tomar una rebanada de carne ahumada, para decirle en un susurro:

-Nada de trueques por ahora. ¿Has conocido tu a alguien del Orden que sea un comerciante a la vez?

El viejo carraspeó y se metió en la boca una gran tajada de un pescado que le pareció de magnífico paladar. Decidió no probar más vino. La situación para ellos no era muy cómoda y todos debían andar con pies de plomo hasta que llegara el momento en que pudieran largarse de allí, antes que sé presentaran los auténticos representantes del Orden, que, por lo que habían escuchado, no debían tardar.

La reunión transcurría serena. Medio Litro, cansado y hastiado por no catar los caldos, se disculpó, y un mayordomo le condujo hasta su estancia. Hunt anunció que había llegado su ciclo de sueño y rogó a los anfitriones que le dispensaran. Sara sonrió y se acercó más a su compañero, insinuándole que ellos también debían retirarse. Lorenzo no le hizo caso y ella empezó mordisquearle la oreja. Con amabilidad, pero firme, el capitán la empujó hasta ponerla de pie y le dijo con una sonrisa amplia y veladamente amenazadora:

-Querida, creo que deberías acostarte. Yo me reuniré contigo tan pronto pueda.

Sara no se rindió tan fácilmente.

-Encanto, ellos también deben querer descansar. Mañana podéis hablar todo lo que quieras -y señaló a los líderes con gracioso ademán.

Lorenzo siguió sonriendo, pero contando hasta veinte para no hacerla marchar con un exabrupto. Sacó del bolsillo de su traje una píldora de las que tomaba para prolongar el coito, como le agradaba a Sara, y se la tragó ostentosamente para que ella le viera bien. Entonces la chica esbozó la sonrisa de complicidad, guiñó un ojo y. se retiró después de hacer una reverencia a los líderes, que a Lorenzo se le antojó decimonónica.

La intención del capitán no era otra que quedarse a solas y no ser

interrumpido por ninguno de sus compañeros con preguntas indiscretas. En definitiva, pretendía asegurar una fecha para la partida. Había pensado que podía exponer que ellos eran únicamente la avanzadilla y que en breve aparecerían los embajadores plenipotenciarios del Orden Estelar.

Antes de que empezara a hablar, Mullerger le ofreció una copa alta casi rebosante de un vino de exquisito color verde.

-Pruebe esto, señor Lorenzo -dijo el xasio-, Procede de las tierras que antiguamente eran de Xasio, .exactamente de unos viñedos que poseo.

Lorenzo sonrió y se llevó la copa a los labios. Sólo tenia intención de tomar un sorbo, pero el licor le pareció tan suave y de tan agradable aroma que no resistió la tentación de ingerir un poco más... y luego otro poquito hasta vaciar la copa, ante la mirada satisfecha del humano.

Entonces miró horrorizado la copa vacía. La boca le ardió, Y aún tuvo algo de lucidez en la mente para comprender que había cometido un error. El licor poseía un alto contenido dé alcohol y él sabía que con la píldora ingerida para alentar a Sara a marcharse formaba una impredecible mezcla en sus reacciones.

Cerró los ojos y empezó a moverse para levantarse y marcharse antes de que los efectos empezaran a martillearle la cabeza. Sin embargo, algo extraño le mantenía aferrado a la silla.

Cuando abrió los ojos ya no podía oír el lejano aviso de su subconsciente que le gritaba márchate, márchate, Decidió quedarse y le encantó la decisión. Puso los brazos en la mesa, miró despacio a sus anfitriones y les dijo:

-Bien, señores, éste es el momento adecuado para que me digan qué demonios pasa en su mundo.

Mullerger le miró perplejo y el toriano se limitó a convertir en dos lineas muy delgadas sus redondos ojos. Lorenzo golpeó la mesa con la palma de la mano abierta.

-En el satélite fuimos amenazados por unos tipos, unos torianos para concretar, que nos quisieron hacer sus prisioneros. Dijeron que la guerra no había concluido. Tuvimos mucha suerte consiguiendo escapar, pero al final caímos dentro de la esclusa abierta de la nave del comandante Gundulio, del cual obtuvimos una situación muy distinta de la primera impresión que sacamos -volvió a mirarlos-. ¿Qué pueden responderme?

-¿Está seguro que eran torianos? -preguntó Wergor.

-Tan seguro como le estoy viendo a usted.

Mullerger empezó a observar torvamente a su colega.

-¿Qué puedes responderme a eso, Wergor?

El toriano se revolvió furioso contra el líder humano.

-¡Lo único que faltaba son las estúpidas palabras de este humano terrestre para que vuelvas con tus sospechas!

-¿Qué sospechas son? -inquirió Lorenzo.

El xasio se frotó las manos. Miró la habitación vacía. No quedaba allí ningún mayordomo desde hacía buen rato. Se agachó y manipuló en un control de mando a distancia. A continuación todas las puertas se cerraron.

-Lamento que tenga usted esta mala impresión de nosotros, capitán Lorenzo -musitó. Mullerger-. Es cierto que este planeta está en paz, tal como les decíamos en nuestros informes. Sin embargo, los problemas que enturbiaban las buenas relaciones entre las dos razas, y en contra de los deseos de la mayoría, desde hace algún tiempo alguien se mueve en las sombras para que se rompan las hostilidades. Quieren, pocos son pero poderosos, que se desempolven todas, las armas, se artillen las naves de guerra y los generales saquen brillo a sus entorchados, de buena o mala gana.

-¿Tú me has acusado siempre de ser el provocador, el jefe de los subversivos torianos? -graznó Wergor.

-¡Maldito terco! -farfulló el líder humano-. Han sido simples suposiciones que siempre te he hecho en privado, jamás en público, ni siquiera en presencia de nuestros ministros y consejeros.

-Los sabotajes se han producido tanto en instalaciones torianas como xasias.

-Pero ahora se han dejado ver esos grupos armados, Wergor. Oh, no te acuso a ti de ser el instigador, pero sí que son paisanos tuyos los que se aburren con la paz. Evidentemente no echamos a todos los belicistas de cabeza al hospital para que les borraran sus perniciosas ideas.

-¿Eso hicieron? -preguntó Lorenzo.

Parpadeó. A veces veía doble y se le antojaba casi dantesca la imagen irritada del toriano.

-¿Qué otra cosa más piadosa? -gimió Mullerger-. Eran unos cientos de dirigentes de las dos razas los culpables de que durante lustros nos depedazáramos. Incluso acabamos con nuestro satélite...

-Lo he visto. Apenas queda aire -suspiró Lorenzo-. Por suerte para ustedes la guerra acabó antes de que las batallas se desarrollaran en el planeta -miró al toriano-. Lo siento, Wergor, pero eran torianos los que nos asaltaron.

-Debo creerle, señor embajador -admitió el toriano rehuyendo las miradas de su colega y del terrestre-. ¿Llegó a ver sus naves?

-Tan sólo una pequeña, como de desembarco, Empero, el oficial habló algo de una nave-nodriza. Por éso creímos que el vehículo del comandante

Gundulio era la misma de la que pretendíamos huir.

Mullerger se rascó el mentón y Wergor hizo algo parecido a un gesto de meditación, pero rascando su cogote con una uña larguísima.

-Casi no quedaban naves de guerra cuando se firmó la paz. El KJ-098 es la única nodriza que tenemos. Las demás son pocas, unos cruceros y un par de acorazados. Dedicamos todo el esfuerzo industrial en revitalizar la decaída economía, aunque no con todo el éxito que necesitamos. Por eso, capitán Lorenzo, es importante que acuda en nuestra ayuda el Orden Estelar, antes de que el pueblo se canse de tanto trabajo y el bienestar que les prometimos cuando llegó la paz no les proporcione mejor forma de vida.

-Y, para colmo, grupos terroristas explosionan centrales eléctricas, autopistas y entorpecen los vuelos regulares entre las ciudades de los dos antiguos países, como si desearan cortar las comunicaciones, aislarnos.

Lorenzo abatió varias veces la cabeza. Iba comprendiendo. O casi lo comprendía. Si los dos líderes decían la verdad... Pero volvió a mirarlos. ¿Por qué no podía ser que uno de ellos estuviera mintiendo? Claro que si debía sospechar de alguno sólo era el toriano quien... Ahora negó con la cabeza. Estaba hecho un mar de dudas. ¿Por qué no decía que dadas las circunstancias era aconsejable que él y los suyos regresaran a la Tierra para informar y adelantar la ayuda?

Un nuevo aluvión de euforia le hizo olvidar su deseo práctico. La droga le volvía a sumir en la temeridad de sus actos.

-Supongo que el sistema de defensa del planeta podrá advertirnos con tiempo suficiente si ese navío se aproximará más y....

El resto de las palabras de Lorenzo quedó sin ser oídas a causa del fragor que procedió del otro lado de las puertas cerradas.

-¿Qué ocurre? -preguntó Mullerger, alarmado.

Lorenzo se encogió de hombros.

-Podía ser Sara, impaciente, pero ella no suele llamar con tanta violencia.

Wergor agarró el control a distancia, y abrió las entradas. Se dirigió a la puerta principal, con decisión, pero se quedó quieto a mitad del camino, ante la inesperada entrada de un pelotón de torianos armados hasta los colmillos. Sus uniformes estaban parcialmente ocultos por los petos antiláser y demás armadura de combate. El oficial que mandaba el pelotón se plantó delante de Wergor y saludó al tiempo que golpeaba los talones con estrépito.

-¡Te saludo, general Wergor!

Lorenzo se inclinó hacia Mullerger.

-¿General? -inquirió con voz torpona- ¿Wergor es general?

El líder humano, muy pálido, respondió:

-Lo fue durante: la guerra, aunque siempre estuvo calificado como pacificador. Renunció al firmarse la paz. ¡Maldito! Al fin ha mostrado sus cartas, ¿Se convence de que él es el traidor?

-¿Pero y esa nave de guerra? ¿Cómo ha podido estar tantos años oculta?

Mullerger no satisfizo la curiosidad de Lorenzo. Estaba demasiado preocupado por lo que ocurría delante de ellos.

Wergor se volvió hacia la mesa. Tenía los hombros alzados y una patética expresión de asombro. El oficial toriano hizo una señal a sus soldados, ordenándoles:

-¡Apresad a los humanos!

Pero ninguno llegó a moverse porque el líder toriano alzó los brazos y atronó la estancia con su poderosa voz:

-¡Un momento! ¿Qué significa esto? ¿Saben ustedes quién es el humano de mayor edad?

El capitán toriano abatió su cabezota afirmativamente.

-Claro que sí, general. Recibí informes de que él es ahora el dueño del planeta. Pero nosotros devolveremos la libertad a los torianos oprimidos.

-¿Qué tonterías está diciendo? ¿Acaso ha olvidado que todos los militares, de las dos razas, juraron no volver a levantar las armas contra nadie?

-¡Yo no he jurado nada!

Mullerger chasqueó la lengua y movió la cabeza de un lado para otro.

-Está mintiendo. Estamos seguros que ningún oficial, toriano o xasio, rehusó formular el juramento. ¿De dónde salen estos locos?

El oficial toriano le había oido, rodeó a Wergor y apuntó con su pistola al líder humano.

-No puedo explicarlo todo porque prometí no revelar mi fuente de información, pero puedo asegurarte, sucio humano, que ningún toriano a bordo del RJ-Q11 ha jurado ninguna estupidez semejante.

-¿El RJ-011? -balbució Mullerger.

-Sí. Nuestra gran unidad de combate descendió hace una hora en el borde del astropuerto de esta ciudad insensata, la cual hemos tomado.

-¿Han invadido la Capital de Xastor? -preguntó Mullerger.

-¡El planeta se llama Tor, todo el planeta! Cuando estalló la guerra dejamos de llamarlo Xastor. En cuanto a su sospecha, humano repugnante, le confirmo que esta ciudad está rodeada. Dos mil soldados torianos desembarcados del RJ-011 controlan sus puntos vitales.

Mullerger soltó una maldición y se enfrentó al silencioso Wergor. Le

increpó a la vez que le amenazaba con un índice tembloroso.

-Confiesa, traidor. Me contaste una vez que la nave-nodriza RJ-011 se había perdido en el espacio un año antes de firmarse la paz. ¿La tenías escondida para usarla algún día, por ejemplo hoy?

-Yo...

Lorenzo contempló una escena grotesca. El pequeño líder humano se puso de puntillas y agarró la pechera del gigante toriano. zarandeándolo como si de un pelele se tratase.

-Mullerger, yo te juro que... -empezó a decir Wergor.

-Basta -dijo el capitán con violencia, interponiéndose entre los dos lideres-. Su actitud no me gusta, general Wergor. No quise creer del todo a mi jefe cuando me advirtió que no debía fiarme de usted, pero me resistía a suponer que un general del glorioso ejército toriano confraternice con los asquerosos humanos. Detendré al líder humano, al usurpador Mullerger -se volvio para mirar a Lorenzo-, ¿Y ése quién es?

Lorenzo caminó con la boca apretada. Despreciativamente cruzó los brazos sobre su pechó henchido. Solio ei aire contenido en sus pulmones y dijo:

-Soy alguien que se está cansando de todo esto.

-Es el representante del Orden Estelar -advirtió Mullerger al capitán toriano.

Y el oficial dio un salto hacia atrás, lanzó un bramido largo y ululante y agarró su pistola con las dos manos, apuntando al pecho de Lorenzo.

-Tengo orden de aniquilar a los terrestres que encuentre, sin esperar a juzgarlos.

-Si lo hace las naves de guerra del Orden se abatirán sobre Xastor y no dejarán a nadie con vida, sea humano o lagarto -previno Lorenzo, imperturbable ante la negra boca del cañón de la pistola.

-Reza si tu religión te lo ordena antes de morir, humano de la Tierra -y el oficial cerró un ojo para afinar la puntería.

-Vete a la mierda.

Con la última sílaba, Lorenzo emitió un grito que casi se parecía a los bramidos de cólera de los torianos. Su salto fue fulgurante. Surcaba el aire cuando el disparo del láser le chamuscó algunos cabellos. Lorenzo cayó con las piernas por delante y golpeó con ellas el tórax amplio y acorazado del capitán, pero llevaba tal violencia en su acción que el acero quedó abollado.

El toriano rodó por el suelo, encorvado y agarrándose el pecho, pataleando y vomitando un liquido espeso y gris. Su pistola quedó atrás, muy cerca de Lorenzo y éste sólo tuvo que estirar un poco el brazo para

apoderarse de ella.

Los soldados, unos ocho o nueve, se habían quedado perplejos en sus puestos. Cuando consiguieron comprender que su jefe estaba revolcándose, sorprendido por la velocidad del humano, Lorenzo ya había disparado y tumbado a dos torianos.

-¡Escóndanse! -gritó Lorenzo a los líderes.

Disparaba por tercera vez pero errando y vio que Mullerger saltaba detrás de la mesa y que Wergor corría a refugiarse en una columna. Desde el suelo comprendió que su situación era difícil. Quedaban seis soldados que ya no veía porque se protegían detrás de los muebles del salón. Y él estaba sin protección alguna.

Una lluvia de fuego silueteó su figura. Lorenzo cerró los ojos, aturdido por el calor. La próxima descarga le alcanzaría sin duda. Disparó a ciegas, sin apuntar. Tenía la cabeza agachada y sólo la levantó cuando vio que los soldados torianos emitían espantosos gritos y volaban ingrávidos por el aire. Se reunieron en un punto de la estancia, a unos tres metros de altura, y allí se golpearon los unos a los otros.

Lorenzo se levantó. Vio caer a los soldados sin conocimiento, pesadamente, formando un montón. Descubrió a Sara que corría hacia él. Llegaba muy asustada. Le abrazó y lloró sobre su hombro, mientras entrecortadamente le explicaba.

-Estaba furiosa porque no llegabas y corrí a buscarte, con la intención de tirarte de los pelos... Oh, Lo, ¡qué susto he pasado al ver que pretendían achicharrarte esos monstruos verdosos!

El capitán del «Bravo» sintió que las piernas le temblaban. Los efectos de la droga estaban pasando y padecía un pánico creciente, percatándose de los riesgos que había corrido. Acarició los cabellos de la chica y los senos apretados contra su pecho le reconfortaron.

-Bendita seas, preciosa. Bendita sea tu pasión por mis huesos.

-Lo, qué cosas tan bonitas sabes decirme.

Lorenzo sonrió.

CAPÍTULO VII

La intervención de Sara dio tiempo a que la pequeña guarnición del palacio despertara de su modorra. Una compañía mixta tomó posiciones en la entrada e impidió que más contingentes de tropas de asalto del navio RJ-011 cruzara la plaza, obligándolas a resguardarse en los edificios que rodeaban la residencia de los dos líderes.

-¿Dónde está Gundulio? -preguntó el jefe Mullerger.

-Seguramente ha quedado aislado en su nave -respondió Wergor-. En el peor de los casos puede haber caído prisionero de los rebeldes, junto con todos sus hombres. ¿Por qué preguntas por él?

Estaban en el salón principal del palacio, convertido en improvisado centro de mando. A la pregunta de su colega, Mullerger retrocedió un paso y le respondió muy alterado:

-Porque es uno de los pocos torianos en quien confío.

Lorenzo fue atraído por la discusión de los jefes del gobierno del planeta, cuya unidad se deterioraba por momentos.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Wergor.

-Es obvio que tú estás detrás de todo esto.

Había soldados humanos y torianos cerca y Mullerger señalando a Wergor gritó:

-¡Ese oficial te delató, no lo niegues!

-¿Es que no le escuchaste? Sólo supo decir una sarta de sandeces.

-Se comportó así porque la confianza de haber vencido en la rebelión le hizo cometer errores. No contaba con la reacción del terrestre y la intervención de la mujer paranormal.

Lorenzo empezaba a tener dolor de cabeza. Inesperadamente se había convertido en un héroe, sobre todo para el jefe que se mantenía fiel a los pactos entre los dos pueblos del planeta y estaba dispuesto a conservar la paz a toda costa. ¿Pero cuál de ellos era? Observó que el toriano perdía la calma, y escuchó al humano ordenar a los soldados que se hallaban en el salón:

-Detened a Wergor y encerradlo hasta que la sitúación vuelva a la normalidad y pueda ser juzgado por un tribunal constituido por los dos pueblos.

Los soldados torianos vacilaron, pero debían ser escogidos y sin dudarlo más siguieron a los humanos que rodeaban ya a Wergor, apuntaron al líder humanoide y varios le maniataron antes de que ofreciera resistencia.

-Esto lo pagarás, Mullerger -bramó el toriano, intentando tardíamente liberarse de las cintas de plástico que lo convertían en un fardo-. Te desenmascararé. Has engañado a un montón de torianos incrédulos, precisamente estos días. Reconozco que eres inteligente, maldito enano de piel grasienta.

-Encerradlo de una vez -insistió Mullerger nerviosamente.

Casi a rastras sacaron al líder toriano. A solas con él humano, Lorenzo le preguntó:

-Tal vez no sea culpable. Su actitud parecía sincera...

Mullerger asintió.

-Mis sentimientos me impulsaban a creerle, terrestre; pero la razón me aconsejaba poner a Wergor en buen recaudo. Se acercan momentos difíciles y sería un riesgo muy. peligroso dejar en libertad al líder toriano. Estamos rodeados, pero si resistimos un poco podemos obligar a esa nave que amenaza la ciudad a rendirse o marcharse.

-¿Con qué fuerzas cuenta? Me refiero a tropas fieles a la unidad del planeta.

-Casi todas son partidarias de la paz, aunque, paradójicamente, tengan que combatir para evitar la guerra.

-¿Y el pueblo? ¿Qué pensarán en las ciudades las dos comunidades?

-Espero que no pierdan la calma y esperen. En estos momentos deben saber lo que está ocurriendo. Si dentro de pocas horas no les llegan buenas noticias... -meneó con pesimismo la cabeza- seguramente xasios y torianos se liarán a tiros.

-No podrán hacer mucho estando su jefe encerrado... en el supuesto de que Wergor lo sea.

-Cada vez tengo menos dudas. ¿Dónde, están sus compañeros?

Lorenzo dijo que seguramente en las habitaciones que les asignaron.

-¿Podrían enviar un mensaje a la Tierra? -preguntó Mullerger.

El capitán tardó un poco en contestar:

-No lo sé. El técnico en comunicaciones es Hunt. Tendría que consultarle.

-Hágalo. Pida ayuda a la Tierra, que vengan las fuerzas estelares del Orden. ¿Cuánto tiempo podrían necesitar?

-Lo sabré cuando hable con Hunt.

Lorenzo salió del salón y caminó con paso rápido por los corredores. Al pasar por unas ventanas que comunicaban con el exterior descubrió que las entradas del palacio habían sido reforzadas y defendidas por soldados humanos y torianos adictos a Mullerger. Al menos, por el momento, los seres lagartoides respetaban su juramento de unidad pese a que su líder de raza estuviera encerrado.

El capitán se tropezó con un oficial humano que corría por el pasillo.

-¿Dónde han encerrado a Wergor? -preguntó.

-En el piso inferior, en el primer sótano, capitán.

El xasio se comportaba con sumo respeto hacia Lorenzo. Aquello halagó al terrestre, pero sólo un momento, porque enseguida se dijo que tal vez esa veneración podía resultar un inconveniente en vez de una ventaja. Por el momento se proponía aprovecharse de ésta.

-Tengo que hablar a Wergor.

-¿Va a interrogarlo, capitán? -el oficial xasio miró a ambos lados del pasillo para asegurarse que ningún toriano estaba cerca-. Será preciso que le haga daño, señor. Esos torianos son muy testarudos, brutos y fuertes. Yo podría sugerirle la forma de hacerle más daño...

-Le llamaré si es preciso, no se preocupe -dijo Lorenzo alarmado.

Las cosas estaban peor de lo que parecía aparentemente. En cualquier momento las fuerzas xasias y torianas que defendían el palacio podían empezar a combatir entre sí, y aquello seria el fin.

En el primer sótano escuchó la voz de Sara que le llamaba mientras bajaba los escalones. La esperó y le contó rápidamente que iba a entrevistarse con Wergor.

-¿No se ha precipitado Mullerger al ordenar su apresamiento?

-Es una buena pregunta, preciosa -sonrió Lorenzo con tristeza-. Sin embargo, Mullerger no quiso correr el riesgo. Si es cierto que Wergor está detrás de todo esto, en libertad podría hacerse fácilmente con el mando de los rebeldes.

-De todas formas, estando preso, los torianos que se mantienen fieles, enfurecidos, podrían atacar a los xasios y entonces...

-Sí, sí. También he pensado en eso. Estoy hecho un lío. Y, para colmo, Mullerger quiere que pida ayuda al Orden para que restablezca la paz. Le dije que iba en busca de Hunt. Le mentí diciéndole que es el único que puede establecer el contacto -sonrió-. Ni siquiera disponemos de potencia en nuestro comunicador para traspasar este maldito sistema planetario.

-Al venir hacia aquí me crucé con Hunt y me dijo que el líder Mullerger le había mandado a buscar.

-¿Para qué? Esto es muy extraño.

-Ahora estás en un aprieto. Mullerger cree que tú has ido a hablar con Hunt. ¿Qué mentira buscarás ahora?

-No me atosigues, pequeña. Ahora quiero hablar con Wergor.

Se detuvieron al final del pasillo. Allí comenzaba otro, y al final de éste había un grupo de soldados de las dos razas que montaban guardia delante de una puerta de acero.

-No te dejarán verlo -dijo Sara.

Lorenzo le dijo con suficiencia, abombando el pecho.

-¿Qué no? Ahora verás tú quién soy yo.

Con pasos decididos se encaminó hasta los guardias, quienes al descubrirle empezaron a mirarle con desconfianza. Lorenzo se detuvo delante de ellos y dijo con voz autoritaria.

-Quiero ver al prisionero.

Xasios y torianos se miraron, interrogándose mutuamente, Los dos suboficiales carraspearon, sin atreverse ninguno a tomar la decisión.

-Vamos, ¿qué os pasa? ¿Es que no me reconocéis? -les espetó Lorenzo empezando a ponerse nervioso, sintiendo detrás la sonrisa burlona de la chica-. Soy el enviado del Orden Estelar, quien contuvo la invasión rebelde en el palacio.

Los suboficiales se cuchichearon unas palabras en voz baja y luego miraron por encima de los hombros de Lorenzo. El toriano, dominando la situación con su altura, dijo a Sara:

-Señora, queremos felicitarla por la forma en que se desembarazó de nuestros hermanos insensatos, tan valiente como increíble. ¿También usted desea ver al prisionero?

-Sí, claro -replicó Sara incapaz de sonreír irónica mientras miraba de reojo al aturdido Lorenzo.

Prestamente les abrieron la puerta y los soldados casi formaron un pasillo de honor para que ella pasara por él., Lorenzo la siguió algo cabizbajo.

-Podéis cerrar la puerta -dijo Sara-, Ya os diremos algo cuando queramos salir.

Dentro de la celda, un cuarto amplio y bastante confortable para un supuesto golpista, ella se inclinó versallescamente y con un gracioso ademán indicó a Lorenzo el rincón donde Wergor se levantaba de una silla, bastante sorprendido ante tan repentina visita.

Lorenzo soltó un carraspeo ronco, cruzó las manos a las espaldas y anduvo hasta el toriano.

-Quiero hablar contigo, Wergor. Seriamente.

-Soy inocente.

-Según las leyes del Orden lo eres, mientras no se demuestre lo contrario. Lamentablemente las pruebas están en tu contra.

-¿De veras? Pues si sigues prestando tu apoyo a Mullerger no tardarás en ver cómo este planeta queda envuelto en llamas. Lo peor es que las bazas están a favor de los xasios.

-¿A favor de los xasios?

-Excepto el RJ-098, todas las unidades que quedan con capacidad de combatir están bajo el mando de jefes humanos y tripulaciones humanas -el toriano agitó sus largos brazos y una de las zarpas pasó cerca de la cara de Lorenzo, quien hubiera sufrido rasguños de no haberse echado atrás a tiempo-. Ese cerdo no me ha dejado hablar. ¿Es que no te diste cuenta de que tenía mucha prisa por encerrarme?

-Sigue, te escucho.

-Incluso los soldados de mi raza estaban en mi contra, pudiste verlo. Apenas dudaron en obedecer a Mullerger. Admito que era muy convincente el hecho de que tropas torianas fueran las que han roto la convivencia. ¡Pero yo no estoy detrás de la trama!

-¿Quién entonces?

-¿No lo adivinas? ¡Mullerger!

-Mi primera impresión fue que erais amigos.

-Eso pensé yo también. Siempre lo creí. Pero todo ha cambiado en pocas horas. La jugada de Mullerger es casi perfecta. Pese a lo que haya dicho una gran parte de la población de Tor no luchará, sino que se mantendrá pasiva. Sólo los locos belicistas y los que éstos engañan irán a la lucha. Pero todo está a favor de los xasios porque las armas, durante un plazo de dos meses, están bajo su custodia.

-¿Pretende eliminar a los torianos?

-No creo que se atreva por el momento. Yo tengo una teoría de cuál puede ser su plan.

-Dímela.

-Acabará con la rebelión utilizando mayormente soldados xasios. castigará a un buen número de torianos y restablecerá la paz. con ayuda o

no del Orden. De todas formas, a los ojos de la Tierra serán los xasios los más inteligentes y capacitados para gobernar el planeta. Mullerger gobernará solo, anulando la ley de doble mando.

-¿Aceptaría la comunidad toriana?

-De mala gana, sí. Durante algún tiempo todos los torianos de buena voluntad estarían demasiado avergonzados para protestar por haberse vulnerado uno de los principios básicos que restableció la paz.

-¿Sólo quiere eso?

-Es el principio. Más tarde, pero no mucho, Mullerger maniobrará de forma que los torianos quedarán como ciudadanos de segunda categoría, teniéndose que conformar con los puestos más humildes y sin poder ascender a mando en el ejército o cargo público importante. Después de esto incluso es posible que mis hermanos sean exterminados algún día.

-Se me antoja lo que dices como algo demasiado diabólico...

-Mullerger es un diablo, no te quepa duda.

Lorenzo había empezado a considerar que la hipótesis de Wergor tenía fundamento, pero de pronto recordó algo y lo expuso:

-¿Qué me dices de los torianos que irrumpieron en el palacio, en los que rodean la plaza y permanecen en el astropuerto a bordo de esa nave, la RJ-011?

Los ojos redondos y grandes de Wergor se agrandaron para enseguida empequeñecerse. Se acercó más a Lorenzo.

-Esa ha sido la jugada maestra de Mullerger, usar la unidad RJ-QI1 y sus estúpidos tripulantes.

-¿Qué quieres decir?

-¿No lo comprendes todavía, enviado del Orden? Creí que serias más inteligente.

Sara intervino para echar una mano a su compañero.

-Claro que lo entiende, Wergor. Lorenzo sabe que los torianos del RJ-011 aún no saben que la guerra ha terminado.

CAPÍTULO VIII

Medio Litro regresó al salón donde fueron recibidos y miró con desolación la mesa de las viandas. La comida estaba esparcida por todas partes y en el primer vistazo no encontró ninguna botella intacta. Ya iba a marcharse, abrumado por sus pensamientos y nervioso ante la peligrosa situación en que se encontraba, cuando al mover una silla apareció un frasco de vino sin descorchar. Dentro había un líquido transparente y ligeramente amarillo. El viejo sacó el tapón y probó el contenido. Era vino muy suave. Para embriagarse y olvidarse de todo necesitaría al menos doce o catorce botellas como aquélla.

Se encogió de hombros y se lo bebió todo casi sin respirar. ¡Qué raros eran los torianos, incluso los humanos de aquel planeta! Tenían un vino que era una porquería y sus licores sólo quemaban la garganta, pero no enturbiaban apenas la mente. Recordó lo bien que lo pasaron los lagartoides con la provisión alcohólica que sacaron del «Bravo».

Al recordar que su carguero se encontraba en el astropuerto, todavía dentro de la panza del navio-nodriza de Gundulio, se le encogió el corazón. ¡Todo el cargamento podía perderse! Una bomba o una descarga de láser podía dar al traste con las valiosas botellas de coñac, ginebra y whisky. Y, para colmo, se hallaba muy cerca del feo y enorme vehículo de guerra conocido por RJ-011, en el cual creyeron entrar cuando en realidad lo hicieron en la nave del amable comandante Gundulio.

Cada vez más fuera de sí, Medio Litro salió del salón, pero por una puerta distinta. El azar le condujo hasta la despensa y allí casi lanzó un silbido de sorpresa y alegría. En el fondo del pequeño cuarto vio, apiladas

ordenadamente, cientos de botellas de vino nativo y del licor de tan fuerte entrada por el gaznate, pero que escasamente poseía consecuencias evasoras.

Calculó que tal vez mezclando ambos brebajes podía sepultar sus penas antes de acabar ahogado. Quería no sentir nada cuando llegase el momento del ataque definitivo por parte de los sitiadores.

Medio Litro había recorrido el palacio y juzgado la situación. Si los torianos rebeldes no lograban apoderarse del recinto se limitarían a disparar desde el astropuerto y convertir en cenizas la gran plaza, y sobre todo, cuanto contenía, desgraciadamente para él, el edificio de mármol y acero.

Con perseverancia y luego de haber consumido varias botellas, más de una docena, el viejo cantaba y al andar, para salir de la despensa, describía torpes eses. Fue preguntando a cuantos veía por el capitán Lorenzo. Al doblar la esquina de un corredor vio entrar a éste en una habitación. Su mente nublada, empero, le hizo notar que allí había habilitado el líder humano un improvisado puesto de mando, recordando haberlo visitado. Se asomó por la puerta entornada y escuchó decir a Lorenzo:

-Mullerger, ¿usted sabía que la nave RJ-011 estuvo perdida en el espacio muchos años, desde meses antes de que concluyera la guerra?

-¿Cómo voy a conocer lo que ocurrió con las unidades que entonces eran de nuestros enemigos?

Ante tal respuesta Lorenzo vaciló en sus sospechas. Se mordió los labios. ¿Por qué no se le había ocurrido a él? Mullerger no podía sospechar que la RJ-Ol l vagó durante años por el espacio, tal vez porque tuvo averías o se metió en el laberinto de algún agujero negro. Además, ¿cómo un humano iba a entrar en contacto con seres que le hubieran calificado, nada más verlo,, como un enemigo?

Mullerger no hubiera tenido tiempo de dialogar. Lorenzo echó de menos las píldoras. Otra vez las sospechas, como una pelota de goma, rebotaban del líder humano y caían sobre Wergor. ¿Es que no iba a sacar nada en claro?

-Ese tipo tiene razón, muchacho -hipó el viejo entrando en la habitación, arrastrando los pies pesadamente.

-¿Otra vez borracho, condenado viejo? -le increpó Lorenzo-. Creí que el vino local te hacía poco efecto.

-Combinado es ideal, muchacho -sonrió ML-. Casi me tumba antes que nuestros licores. ¿Te acuerdas que Gundulio y sus oficiales resistieron tanto como yo? ¡Qué gran noche pasamos en amigable compañía! Por cierto, ¿dónde está el comandante?

-Seguramente en su nave -respondió Mullerger-. Lo más probable es

que haya caído prisionero de los rebeldes. No podemos contar con su ayuda.

-¿Y esas naves de guerra que actualmente están bajo el control de oficiales xasios? -inquirió Lorenzo.

-En sus bases, en el otro extremo del planeta -Mullerger sonrió con tristeza-. Estaban siendo revisadas y ni un diez por ciento de ellas podrían levantar ej vuelo, y cuando llegaran sería tarde. Necesitarían más de dos días en ser abastecidas, cargadas de energía y municiones.

Aparecieron Hunt y Sara. Los dos llevaban armas y la chica se plantó delante de Lorenzo, diciéndole con energía:

-Cariño, estoy harta de este mundo de locos. No quiero que sigas haciendo el ridículo intentando averiguar quién es el culpable. Nos marchamos.

-Estás de broma, preciosa...

-¡Hablo muy en serio!

-Nuestra nave está en el astropuerto, dentro de la nodriza de Gundulio...

-Pues vayamos hasta ella.

-¿Cómo?

Sara le guiñó un ojo.

-Somos los enviados del Orden Estelar, ¿no? Incluso los rebeldes nos respetarán.

Mullerger los miró con alarma.

-¿Acaso van a escapar?

Lorenzo se había quedado un rato pensativo. De pronto sonrió y dijo:

-Usa una palabra inadecuada, señor -muy serio, añadió-: Esto será una retirada técnica. Informaré a mis superiores de que la situación en Xastor no aconseja la presencia, por el momento, del Orden Estelar.

Mullerger empezó a emitir palabras incoherentes que fueron transformándose en comprensibles. Incluso Sara se sonrojó ante ellas.

El líder humano de Xastor utilizó una verborrea digna del más rudo estibador de astropuerto, pensó Lorenzo.

-Aprovechemos esta pausa -dijo Hunt-. En cualquier momento los rebeldes pueden iniciar el ataque final. Oh, creo que debería hacer una bandera blanca.

-Creerán que vamos a rendirnos -argumentó el viejo sujetándose a una silla para no caer.

-Mientras no nos disparen me importa muy poco lo que piensen -contestó Sara.

Quitó la vara central de un candelabro de pie y con el mantel de una mesa confeccionó la bandera, que entregó a Hunt.

-Toma, encantadora bola de peluche. A ti te gusta blandirla, ¿no?

-Desde luego. En el satélite no tuve ocasión.

Mullerger apretó los puños.

-¡No debería dejarles huir! -gritó.

-No puede impedírnoslo -dijo Lorenzo empujando a su gente fuera de la habitación.

Antes de salir, Hunt se volvió y dijo:

-Ah, olvidaba advertirle que el líder Wergor está fuera de su celda, señor.

-¿Cómo lo han soltado? ¿Quién ha dado la orden?

-Nadie. La mujer humana, Sara, inmovilizó a los guardianes y explico a Wergor que usted ha reconsiderado su postura y ya no le cree el jefe de los atacantes.

-¡Están locos!

-Nada de eso. Los torianos que defienden el palacio están ahora con moral más alta. De haber seguido Wergor encarcelado, hubieran provocado un motín.

-¿Pero y si es el cabecilla rebelde? -gimoteó Mullerger.

Antes de correr detrás de sus compañeros Hunt contestó:

-No puede ser el principal jefe, amigo. Si nos hemos equivocado sólo habremos adelantado el momento en que usted tendrá que rendirse. Por favor, si él llega aquí con ganas de estrecharle la mano, no le rechace. Podría enfurecerse... y pensar mal de Sara y de mí.

Hunt dejó al líder lanzando imprecaciones, tan fuerte que las maldiciones que dirigió a la chica fueron oídas por ésta cuando todavía no se había alejado demasiado. Sara se puso colorada y casi estuvo a punto de regresar para contestar a los insultos del jefe Mullerger. Lorenzo tuvo que contenerla.

-Calma, cariño.

Pero por dentro pensaba que no debía serenarse. Sara, enfurecida, era una paranormal de gran potencia.

Como si hubiera adivinado sus más íntimos deseos, Hunt, lanzando sus peculiares risotadas, iba detrás repitiendo las palabrotas de Mullerger. Para despistar añadía que el viejo líder humano no tenía nada de razón.

Llegaron hasta la salida del palacio. Por un corredor lateral vieron, muy lejos, a Wergor que era aclamado por sus soldados, mientras los humanos presenciaban la escena algo incómodos.

-Espero que Mullerger acepte la tregua de Wergor -suspiró Hunt.

-¿No os habéis precipitado un poco al liberarlo? -preguntó Lorenzo muy preocupado.

-Me gusta jugar fuerte -respondió Sara entre dientes.

Hunt se puso al frente del grupo cuando comenzaron a cruzar la gran plaza en dirección a los vehículos que estaban estacionados a pocos metros. Lorenzo entró en, uno y puso el motor en marcha. Señaló por el parabrisas.

-Los rebeldes están en esa dirección. Detrás empieza el astropuerto. ¡Hunt, saca la bandera por la ventanilla y que la vean bien! -lanzó un resoplido-: Que los dioses nos acompañen.

-¡Allá vamos! -rió el viejo.

Hunt hizo tremolar la bandera. En el asiento de atrás, Sara cruzó los brazos y sólo se le escuchó decir:

-Maldito viejo. Ese Mullerger... ¡Jamás me habían insultado así!

Lorenzo arrancó el coche y en las líneas torianas rebeldes se produjo una agitación al verlos llegar.

CAPÍTULO IX

No les dispararon, pero su llegada ante el estrecho paso entre las barricadas no pudo ser considerada como apoteósica. Un gigantesco oficial toriano les salió al paso, respaldado por una docena de soldados que apuntaban a los terrestres y al zimbaliano con gesto amenazador.

Lorenzo explicó quiénes eran y el oficial necesitó que se lo repitiera varias veces, alegando desconocer lo que era el Orden Estelar. Insistía en que eran enemigos de Tor y, por lo tanto, debía hacerlos prisioneros.

-Queremos hablar con su jefe -dijo una vez Lorenzo, pero presintiendo que la calma se le agotaba-. Es importante. Somos embajadores, ¿entiende? No podemos ser hechos prisioneros.

-Sois humanos. Por lo tanto, enemigos, gente de Xas.

-¿Qué dice ese monstruo? -preguntó Sara, como surgiendo inesperadamente de sus pensamientos.

Lorenzo sonrió y la miró de reojo. La chica empezaba a ponerse a tono. Sobre los amplios hombros del oficial toriano podía ver la gran nave, destartalada y la vieja, del comandante Gundulio. Suponía, pese a la distancia, que la compuerta del hangar donde estaba el «Bravo» permanecía abierta. Con un poco de suerte la chica elevaría la adrenalina de su organismo y...

-Ese monstruo ha dicho que tú, como mujer, deberías permanecer callada -dijo Lorenzo echando el resto para que Sara estallara.

Ella pronunció algo largo e incomprensible. El vehículo, materialmente rodeado de torianos, pareció convertirse en un proyector de vientos huracanados. Los gigantescos soldados, como muñecos de papel, fueron

arrojados lejos de ellos, más allá de un radio de cientos de metros, resbalando sobre el suelo, rodando y golpeándose los unos con los otros. Cerca de los terrestres y el zimbaliano sólo quedaron las armas.

-¡Vamos, adelante! -apremió Hunt, soltando la bandera y haciendo un gesto obsceno con sus cortos brazos.

Sara intentó asomar la cabeza por la ventana para jurar que los padres del oficial eran unos sapos en lugar de unos hermosos lagartos. Casi se cae y Hunt tuvo que agarrarla por la cintura. Ella, al sentirse cogida, se revolvió y asestó una bofetada al ser de Zirnbala, quien apenas tuvo tiempo de esconder la cabeza entre los hombros.

Habían dejado atrás una confusión tan grande que los soldados que acudieron de otros lugares de las barricadas no les prestaron atención, llenos de asombro ante el hecho acaecido, insólito para ellos.

-Esa gente estaba a punto de atacar el palacio -rió Lorenzo-, Por el momento no lo harán. ¡Eh, agarraos bien, que vamos a todo gas!

A unos cientos de metros del navio RJ-098, se alzaba otro similar pero muy artillado con brillantes baterías láser. En caracteres torianos, parecidos a los terrestres, estaba escrito su número, el RJ-011. Apreciaron que todos los cañones estaban elevados lo preciso para que al ser disparados las descargas cayeran sobre el palacio.

Lorenzo condujo el coche hacia la entrada abierta de la nodriza del comandante Gundulio. En la pasarela cercana vio a un grupo de torianos y creyó descubrir entre ellos a éste. El vehículo rugió y tembló al entrar en la rampa. Por un momento casi perdió la dirección, pisó los frenos y detuvo en seco el vehículo a pocos metros de la entrada del «Bravo».

-¡Fuera todo el mundo! -ordenó secándose el sudor de la frente con la mano. Temblaba un poco, asustado por la forma como había conducido.

Salieron a trompicones. Lorenzo empujó a Sara y la golpeó con fuerza en el trasero. Ella gritó y el capitán casi fue repelido por la fuerza mental de la muchacha. La paranormal debió contenerse a duras penas, pero se volvió para mirar a su compañero con cara de mal talante, y él intentó disculparse con una sonrisa.

-No la enfurezcas más, hombre -le rogó el viejo-. Ya estamos en la nave, ¿no? Es lo que querías, ¿verdad? Déjala, no vaya a enfadarse con nosotros y nos aplaste contra la pared.

Iban a correr hacia la entrada del «Bravo» cuando una voz estentórea a sus espaldas les dejó quietos.

-¡Alto!

Se volvieron despacio. Sobre el muelle estaba el comandante Gundulio. Detrás de él cuatro torianos que vestían las armaduras rebeldes sostenían

rifles, uno de los cuales parecía apuntar al jefe del navio-nodriza.

-¡Gundulio! -dijo Lorenzo-. En el coche creí verle, pero no podía imaginarme que usted estuviera libre sin hacer nada por ayudar a la causa de la paz.

El comandante abatió los hombros.

-No puedo hacer nada, capitán Lorenzo -dijo con pesar.

-¿No lo ves, imbécil? -rezongó el viejo Medio Litro-. Está prisionero.

-Así es -asintió Gundulio-, El jefe rebelde me tenia en el puente de mando de su nave cuando ustedes rompieron la linea defensiva y me ha enviado para decirles que desistan de huir.

-No puede retenernos. Somos los embajadores del Orden.

-Admito que así debería ser, pero ese tipo no entra en razones. Está muy furioso porque sus soldados les dejaron entrar en el astropuerto. Les aconsejo que tiren sus armas y me sigan.

-No llevamos armas -contestó Hunt-. Sólo esta bandera, que al parecer no es respetada.

Los ojos de Gundulio mostraron un gran asombro.

-¿No? ¡Imposible! Debieron usar algún arma para rebasar la línea defensiva...

Lorenzo pellizcó a Sara.

-¡Oh! -exclamó ella llevándose las manos a la parte dañada.

Y los cuatro soldados torianos quedaron suspendidos en el aire, a unos cinco metros sobré sus cabezas. Afortunadamente, sin las armas.

-¿Lo está viendo, Gundulio! -sonrió Lorenzo-. Así pasamos las barreras. Ahora vamos a marchamos de aquí.

El comandante se había quedado con la boca abierta. Tardó en reaccionar bastante tiempo, tanto que los terrestres ya estaban dirigiéndose a su carguero.

-No deben marcharse ahora -les gritó Gundulio de pronto.

-¿Por qué? -tartamudeó el viejo-. Estamos cansados de este planeta de locos. No merecen que les vendamos el licor que llena nuestras bodegas.

-Vamos a comunicar a nuestros jefes del Orden Estelar que vengan a detener esta guerra -dijo Lorenzo, impaciente por desaparecer de allí.

-Un momento -suplicó Gundulio-. El Orden no debe tener una mala información de Xastor, señores. Además, el cargamento no está en su nave. Fue trásladado al RJ-011.

-¡Ladrones!-saltó Medio Litro.

Lorenzo cruzó los brazos y miró a Gundulio con ojos entornados.

-¿Qué está pensando?

-Evidentemente, uno de ustedes es un paranormal -dijo señalando a los

soldados que manoteaban en el aire, muy asustados y con grandes deseos de pisar el suelo-. Si les llevo ante el jefe rebelde, el comandante Urganor, creo que podemos sorprenderle y hacerle nuestro prisionero.

-¡Bah! -escupió Lorenzo.

-Aprovechemos la ocasión para largarnos -aconsejó Hunt.

-Pero el cargamento... -gimió Medio Litro.

-Creo que es una buena idea -sonrió Sara-, Si tú me pellizcaras en el momento oportuno, cariño, creo que podría darle una lección a ese comandante Urganor.

-No será posible -dijo Lorenzo meneando la cabeza-. Sin soldados que nos conduzcan levantaremos sospechas...

-Dejadlo de mi cuenta -sonrió Gundulio invitándole a subir al muelle, mostrándoles unas escaleras de metal.

-Puede ser fácil... -susurró Lorenzo-. Si acabamos con la rebelión y vuelve la paz podemos recuperar la carga, venderla y...

-Incluso el Orden podría olvidar que hemos actuado en su nombre -dijo Hunt en voz baja.

Se reunieron con Gundulio, quien les mostró el camino para dirigirse a la nave RJ-011, explicando que se había tendido un puente con la nodriza que él había comandado.

Medio Litro elevó la mirada hasta los torianos que, flotaban en el aire y les dijo burlón:

-Tened cuidado, soldaditos. En cualquier momento la chica puede olvidarse de vosotros y el golpe será morrocotudo.

Estaban doblando la esquina y entrando en la rampa que les conduciría hasta la siguiente nave cuando escucharon a sus espaldas unos sonidos secos. Medio Litro, miró a Sara y dijo:

-Demonios, chica. Qué mala memoria tienes. Ya se la han pegado.

-Unos chichones no les vendrán mal -respondió ella con altivez-. Además, así no nos molestarán.

El tobogán les condujo ante la entrada de la RJ-011.

Al cruzar el umbral vieron varios grupos de soldados torianos rebeldes que permanecían apostados en la explanada del astropuerto. Algunos les vieron entrar pero no se inmutaron, ante lo cual Lorenzo frunció el ceño. Empezaba a notar algo extraño, como si en el ambiente existiera un quieto viento que le azotaba el rostro, gritándole que se mantuviera alerta. Miró a sus compañeros y no notó en ninguno cambio alguno de gesto.

La guardia de la nave inició un movimiento ante la aparición de Gundulio, pero inmediatamente permaneció quieta, aunque un tanto nerviosa. Luego miraron a los demás que seguían al comandante y se

cuchichearon unas palabras en voz muy baja. Gundulio indicó un ascensor.

-Por él iremos directamente al puente de mando.

Lorenzo se retuvo un instante.

-¿No habrán advertido a Urganor? -preguntó-. Estará enterado de que no nos custodian soldados y eso puede alarmarle.

-Apenas entremos en su recinto del puente yo cerraré con la barrera de energía nuestro entorno -Gundulio torció su boca en un intento de sonreír como los humanos-. Quedaremos aislados.

Entraron en el ascensor y éste se puso en marcha velozmente. La parada fue algo brusca, y apenas se abrió la puerta salieron y miraron a su alrededor. Un ser toriano se levantó de un sillón y sé dirigió hacia ellos. Llevaba los distintivos de comandante del ejército de Tor. Detrás, la puerta del ascensor se cerró con un chasquido. Entonces, el toriano que todos pensaron era Urganor, se dobló exageradamente en un saludo a Gundulio.

-Les presento al general Urganor -dijo enfáticamente Gundulio-. Ha sido ascendido recientemente.

-¿Ah, sí? -dijo Sara mordazmente-. ¿Por quién?

-Por mí, desde luego -replicó Gundulio retrocediendo un paso.

-¿Por usted? -repitieron a coro Lorenzo, Hunt y Medio Litro.

Sólo Sara se había quedado imperturbable. Ella golpeaba el suelo con la punta de su bota derecha y dijo irónica, después de lanzar un suspiro:

-Claro, chicos. Parecéis bobos. ¿No os habíais dado cuenta de que Gundulio es el jefe supremo de la trama?

Gundulio emitió una sarta de sonidos equivalentes a las carcajadas humanas, pero con tono tan demoníaco que a Medio Litro se le antojó como procedente de un diablo verde. Y, para colmo, con un grueso rabo que le acompañaba a cada emisión gutural.

CAPÍTULO X

-No se moleste en excitar a la mujer, capitán Lorenzo -dijo Gundulio-. Ella no podrá usar su poder paranormal en esta estancia debidamente acondicionada.

Lorenzo dejó de pellizcar a Sara y casi la abofetea. Ella le empujó para que la dejara en paz.

-¿De veras no puedes hacer nada? -gimió el capitán.

Sara se llevó las manos a la frente y cerró los ojos. Evidentemente estaba haciendo un gran esfuerzo. Meneó la cabeza, abatida.

-Lo siento. Es cierto, cariño. Gundulio debió activar una emisión que anula mis poderes.

-Así es -dijo el comandante con énfasis-. Recordé que esta sección del puente está preparada para aislar las proyecciones telepáticas. Esta nave fue la única que se construyó con semejante artilugio de toda la flota toriana.

-Pues sí que hemos tenido mala suerte -bramó Hunt, arrojó la bandera al suelo y luego, de un puntapié, la mandó a un rincón.

Gundulio se acomodó en el sillón de mando y desde allí contempló al deprimido grupo. A su lado estaba el comandante Urganor, quien contemplaba a su jefe con veneración.

-La chica es lista -dijo el líder rebelde-. Ella ha comprendido antes que nadie quién soy. Parecía la más tonta, pero ha demostrado lo contrario. En realidad los supuestos enviados del Orden Estelar son los cretinos.

-Eh, sin insultar -protestó Hunt-. Yo no soy humano y nada tengo que ver con las mentiras del capitán.

-Cobarde -silabeó Lorenzo.

Hunt se apartó de su lado para no recibir el puntapié que el dueño del «Bravo» estaba preparándole.

-Callaos, idiotas -les pidió Gundulio manoteando en el aire-. Dime, mujer, ¿cómo adivinaste que soy el caudillo de la rebelión? Bueno, tú la llamarías rebelión, pero yo la titulo cruzada contra los humanos, para elevar a la nación toriana a las cúspides de la gloria. Admitiré más adelante la ayuda del Orden, pero sólo cuando los xasios estén en el Ínfimo nivel que les corresponde.

Sara anduvo unos pasos y se acercó al ventanal, ahora cerrado por el campo de fuerza que les aislaba del resto del puente. Abajo, los navegantes torianos seguían afanosos sus labores. En las pantallas, en todas sin excepción, podían ver el palacio del gobierno.

-¿Cuándo atacará, Gundulio? -preguntó Sara.

-Oh, muy pronto. Si los dos imbéciles, Mullerger y Wergor, no se despedazan pronto, antes de diez minutos ordenaré a mis baterías que disparen. Luego acabaré con las míseras fuerzas armadas que poseen los xasios, y pronto todo el pueblo de Tor me aclamará.

-Ha sido muy astuto, debemos reconocerlo -sonrió Sara.

-Gracias. Empiezan a resultarme simpáticos, sobre todo usted, Sara. Es lamentable que tenga que liquidarlos más tarde. No puedo permitir que sigan vivos unos testigos como ustedes.

-Entiendo -dijo Sara-, No quiere que nadie cuente a los enviados del Orden lo que aquí ha pasado realmente, ¿verdad?

-Es obvio. ¡Qué inteligente es usted!

-De ninguna manera, Gundulio. Usted sí lo fue cuando un día, patrullando, se topó con esta nave. Habló con Urganor y le dijo que los dos podían convertirse en los amos del planeta, aunque usted siempre estaría un poquito más alto que él.

-Lógico, ¿no? -sonrió Gundulio mirando a su compinche, quien se apresuró a mover la cabeza de reptil con energía.

-Pero no dijeron nada a la tropa.

-¿Para qué?

-Claro. Esos soldados creen que la guerra sigue. Les interesa que lo piensen porque así lucharán con más denuedo. Seguro que la mayoría estaría más contenta si supiera que la paz llegó y ahora podrían vivir tranquilos. Sería una sorpresa para ellos.

-Pensamos en su momento que así sería, Sara -asintió Gundulio-. Lógicamente, callamos. Dentro de unos días, cuando la batalla haya terminado y el odio hacia los humanos sea de nuevo tan grande, ya no nos preocupará lo que piensen.

-Muy maquiavélico todo, sí, señor -dijo Sara.

-Me divertí mucho cuando intentaron representar el papel de enviados del Orden Estelar -Gundulio soltó su peculiar carcajada-. Desde el primer momento sabía que eran unos impostores.

-Lógico viéndonos. Usted sabe que la gente del Orden Estelar no se comporta como nosotros lo hicimos y, además, llevan un brillante uniforme negro y plata. Y, sobre todo, no son tan adictos a la bebida -miró a Medio Litro de soslayo- como algunos, por desgracia.

-Oye, niña, que te pasas, ¿eh? -protestó el viejo.

Sara se volvió hacia sus sorprendidos compañeros, quienes no daban crédito a lo que escuchaban. Jamás la habían visto así, hablando con tanta serenidad. Les dijo dulcemente:

-Mis queridos amigos. Os amo. Sobretodo a ti, cariño. Eres un encanto, Lorenzo.

-¿Por qué me dices esto ahora? -preguntó Lorenzo muy asombrado.

-Porque después de oír lo que voy a decirte... Bueno, lamentaría que me odiaras.

-¿Qué tonterías son ésas? -exclamó Gundulio medio levantándose del sillón.

-Calla, lagartija -le gritó Sara. Y el toriano se sentó.

-Déjeme que la mate, jefe -dijo el comandante Urganor.

Empezaba a sacar el arma de la funda cuando Sara adelantó el mentón y el comandante soltó la pistola y empezó a girar como una peonza, cada vez más rápidamente. De pronto, Urganor se detuvo y cayó desplomado y sin sentido. Gundulio lo miró horrorizado. Se revolvió contra Sara.

-¿Qué le ha hecho?

-Molestaba demasiado. Ahora terminaremos nuestra charla, Gundulio.

-Usted...

-Yo no he perdido mis poderes -rió Sara-. Esta sala no posee ya el sistema neutralizador para mis poderes. Cuando estuvieron aquí los miembros del Orden, la vieron y la anularon. Fueron precavidos mis compañeros, ¿verdad?

-¿Tus compañeros? -preguntó Lorenzo, muy pálido.

-Sí, cariño. Yo soy un oficial del Orden.

-¡Maldita! -gritó Gundulio agachándose para coger la pistola del inanimado Urganor.

La pistola voló y terminó en las manos de Lorenzo, quien después de hacerla saltar, acabó pudiéndola amartillar.

Asustado, Gundulio se derrumbó en el sillón que hasta entonces había convertido en su trono. Desde allí contempló a la mujer con miedo. Ella

dijo:

-La nave RJ-011 se perdió durante los días postreros de la guerra. Creo que apareció muy lejos de aquí y fue encontrada por una Unex del Orden Estelar cuando sus tripulantes, incluyendo a ese bruto de Urganor, iban en suspensión hibernada, ya que se les acababa el aire y los alimentos. La abordaron e inspeccionaron. La reabastecieron de oxígeno y repararon los campos hidropónicos. Hicieron algunas modificaciones, como anular el campo neutralizador de este puente, y se marcharon para informar. Lo último que hicieron fue ponerla en ruta para que se dirigiera a la estrella de Xastor. En una patrulla de rutina, Gundulio la encontró y concibió un plan después de convencer a Urganor. Regresó a Xastor y aceleró el plan de sabotajes para ir preparando el ambiente de descontento. Luego se reunió con su compinche y le dictó las últimas instrucciones. No podían perder tiempo porque en breve llegarían los embajadores del Orden y entonces no podrían reemprender la guerra. Entonces aparecimos nosotros, y al escapar del caza que nos sorprendió en el satélite, fuimos a parar dentro del RJ-098. Gundulio nos siguió la corriente, sobre todo cuando le dijimos, para ganar tiempo, que éramos los enviados del Orden. Pensó que le sería más fácil conquistar la Capital si nosotros estábamos allí y sus dirigentes se encontraban más distraídos que nunca.

-En realidad pensé que unos bufones como ustedes, divertirían incluso a dos payasos como Mullerger y Wergor -dijo Gundulio, despectivo.

Sonaron dos sonoras e invisibles bofetadas. Las escamosas mejillas de Gundulio se tornaron grises.

-Las próximas serán más fuertes -sonrió Sara-. Ya ve que no tengo necesidad de ensuciarme con su cara. Sin tocarle puedo darle una paliza, Gundulio.

-Déjeme en paz, hembra humana de los demonios -pidió el toriano.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Hunt-, Fuera de la nave hay unos dos mil o tres mil soldados que serán difíciles de convencer de que la guerra no existe.

Sara se rascó la barbilla. Picaramente, preguntó:

-¿Cuántas botellas hay a bordo?

Medio Litro palideció.

-¿Qué estás pensando?

Cuando lo supo no pudo resistir la conmoción y se desmayó.

* * * *

Horas después, con una de las pocas botellas que quedaban, Medio

Litro intentó apartar lejos las penas que le embargaban.

-Era un cargamento precioso, muy valioso.

Se encontraban en el puente de mandos del «Bravo». Hunt ronroneaba, contento de alejarse por fin del sistema planetario de Xastor. En el sillón principal, Lorenzo permanecía cabizbajo, sumido en sus pensamientos nada agradables.

-Los líderes nos han prometido darnos una exclusiva de comercio en lo tocante a los licores -le recordó Hunt.

Bostezó. Pronto debía entrar en su prolongado período de sueño. No serían simples cabezaditas, sino que dormiría varios días. Esperaba, no obstante, que antes llegarían a la base.

-Supongo que los papeles firmados por Mullerger y Wergor, refrendados por el Embajador del Orden, serán suficientes para que los bancos nos amplíen el crédito -meditó el viejo.

-Claro que sí -rió Hunt-. Y tendremos detrás de la puerta montones de gentes que se pelearán por ser nuestros socios.

Medio Litro hizo una señal a Hunt, y cuando éste se le acercó, preguntó en voz baja:

-¿Tú crees que nuestro jefe será otra vez el mismo, que tendrá ganas de regresar a Xastor?

-¿Por qué no? Ganaremos dinero. Repondremos las pérdidas que tuvimos cuando Sara tuvo la ocurrencia de repartir la carga, todas las botellas, entre los soldados de Gundulio, diciéndoles que el enemigo se había rendido y había que celebrar la victoria.

Al recordar la escena de miles de enormes torianos dando tumbos, completamente borrachos, Hunt sintió una enorme hilaridad

-Fue una idea genial de Sara. No sé si vamos a echarla de menos.

Medio Litro hizo una mueca. Ahora que no iba a viajar más con ella empezaba a sentir hacia Sara una incipiente simpatía. Claro que no debía tenérsela porque ella, al fin y al cabo, los había engañado a todos, empezando por el pobre Lorenzo.

-Será mejor que bebamos -dijo Medio Litro-. Tú deberías emborracharte conmigo, bola de pelos. Sólo por solidaridad.

-Viejo borracho... -Hunt inició una retada de recriminaciones, pero no pasó de las dos primeras palabras. Se quedó traspuesto, justo en el instante en que, el «Bravo» entraba en el hiperespacio.

Medio Litro quedó inmóvil con el gollete de la botella cerca de sus labios. El líquido se vertió sobre la camisa. Ante tan inusitada escena, Lorenzo salió de su aislamiento y se levantó.

-¿Qué pasa aquí?

-Hola -dijo una voz atiplada detrás de él.

Se volvió y se encontró con Sara sentada en el sillón que acababa de abandonar.

-¿Cómo has venido? -preguntó, pensando que estaba soñando.

-Tuve que hacer un esfuerzo -sonrió ella-. Muy grande, desde luego, para teletransportarme desde Xastor hasta el «Bravo». Chico, un poco más tarde y me quedo fuera, viéndoos desaparecer por el hiperespacio.

-¿Y tus jefes?

-He pedido la excedencia del Orden por una temporada. Empezaba a cansarme de tanto protocolo, tanto saludo y formalidades exageradas. Les dije que no debían contar conmigo durante una temporada, que ya estaba bien de usar mis poderes para utilizarme como espía.

-Sara... me engañaste.

-En algo, sí. Te pedí que me admitieras porque en el planeta donde me conociste querían matarme por bruja.

-Era mentira.

-Claro.

-Tus besos, tus abrazos, tus gemidos cuando te amaba...

-Eso era verdad.

-No te creo.

-Puedo demostrártelo.

-¿Cómo?

-Ven.

Lorenzo tenía unos enormes deseos de hundirse entre los brazos que la chica le tendía. Pero aún tuvo el valor de resistirse un poco más. Dijo, tratando de ser indiferente, pero deglutiendo para aclarar la voz:

-Si me lo hubieras confiado todo yo te habría ayudado...

-Estoy segura, cariño; pero no podía contravenir las órdenes. Era muy importante descubrir al jefe de la trama que intentaba perturbar la paz de Xastor. Fueron unas semanas maravillosas a tu lado. A veces no quería llegar nunca a nuestro destino.

-Ese viejo navegante que dio la información a Medio Litro...

-Era un agente del Orden.

-Todo estaba previsto.

-Algo no estaba preparado.

-Vas a decirme que no pensaste enamorarte de mí, ¿no?

-¿Cómo lo has adivinado?

Lorenzo soltó una carcajada.

-Ninguna chica se ha resistido a mis encantos.

Y se arrojó sobre ella. Afortunadamente el suelo del puente era mullido

y los dos rodaron por él fuertemente entrelazados.

-¿Y ésos? -preguntó Lorenzo señalando a los dos inmóviles personajes.

-Serán buenos mientras tú y yo flotamos un poquito. No nos molestarán.

-De acuerdo, pero luego no les hagas la trastada de despertarlos cuando tú y yo estemos en él punto más interesante, que te conozco.

Ella le besó y se apretó más a él.

-Los dejaré mucho rato. Estoy dispuesta a que esto dure mucho, mucho.

Lorenzo gimió. No había tomado ninguna píldora y se preguntó si sería capaz de resistir la pasión de Sara. La fue besando por el cuello y a medio camino se dijo que por una vez seria capaz de superar las propiedades de la droga erótica. ¿Por qué no? Con Sara no podía ser nada difícil.

F I N